

LOS PRECURSORES

JORNADAS DEL LITORAL

“...obedecieron al su mandamiento,
Y dieron las velas infladas al viento,
No padeciendo tardanza la vía,
Según la fortuna ya lo disponía”.

El laberinto. JUAN DE MENA

“Para mí la tierra es chica,
Y pudiera ser mayor...”

Martín Fierro. JOSÉ HERNÁNDEZ

LOS PORTUGUESES

El príncipe Enrique

Vivía en Portugal, antes del descubrimiento de América, un Príncipe, Enrique, a quien sus paisanos llamaban “El Navegante”. Era tercer hijo de Juan I; y como recibiera de su madre, una educación viril y austera, maduró en buen seso antes que en edad; y en aquellos tiempos de afrentosos amaños de la nobleza; de hogares allanados por la codicia y la lujuria de los señores, indomables y temerarios; de traiciones de bastardos e insolencias de hidalgos; de inconstancia conyugal que llevaba a los grandes, de las ricas hembras de estirpe a las pobres mujeres del pueblo; aquel Príncipe, sufrido y tenaz, no quiso destrozarse su voluntad en brazos femeninos y se guardó, un día, en su castillo de Sagres, guardando una castidad heroica y ensimismado en sus estudios y fantasías.

Tenía un aire alejado y misterioso, grave y dulce a la vez, con su enorme sombrero medio turbante morisco y medio toca monjil que dejaba asomar al borde de sus alas vueltas hacia arriba, un poco del pelo cortado en cerquillo como el de los frailes.

Cuando mostraba pesadumbre o enojo, le temían, pero de ordinario su talante era bondadoso y sufrido.

Tenía el mirar vago, como envuelto en brumas marinas, bajo el arco espectante de sus cejas; el rostro curtido y seco; la nariz recia; el mentón firme y un bigotillo lacio caído sobre las comisuras de los labios carnosos y prietos.

Levantó su castillo cerca del Cabo de San Vicente en el extremo meridional de las tierras lusitanas que fueron el reino de los Algarves, y allí pasó sus días estudiando y divagando y contemplando la inmensidad del mar en las horas del día y el misterio del cielo en las horas de la noche.

Sus torres, con troneras y baluartes, fueron de los primeros observatorios cristianos y por los peldaños de piedra de las escaleras y las losas de las estancias, altas y sombrías, se vieron trepar y discurrir, astrólogos y marineros, a veces, sobrado tímidos y a veces atrevidos y ufanos.

En los salones, de muros desnudos, con grandes ventanas abiertas sobre el mar, y en las cámaras ornadas con un gusto melancólico y pesado, el Príncipe guardaba su tesoro de Portulanos y Mapas, astrolabios y Tablas, Crónicas y Relatos de las "Maravillas del Mundo", Cosmografías y diseños de barcos. Por eso la gente de baja estofa al verle en tratos con astrólogos y cosmógrafos y al saber que meditaba sobre libros extraños, escritos quizás en arábigo, murmuraba que vaticinaba por hechizos y por cara de estrellas como moros y judíos.

Vivir en el castillo de Sagres era meterse en la vida íntima y misteriosa del mar desafiando heroicamente la melancolía perturbante de aquellas soledades. Pero el Príncipe amaba al mar como a una mujer: con sus cinco sentidos. Sus ojos no se cansaron jamás de admirar la inmensidad del océano; ni

sus oídos de deleitarse en los bramidos y jadeos marinos y en el batir de las olas contra los acantilados y en el hervir de la espuma entre las cuevas y los caracavones del castillo; ni sus labios llenos, de gustar el agua salobre que le salpicaba la cara; ni su olfato de husmear el aire saturado de yodo y salitre; ni sus manos de acariciar las rocas y la arena mojada por el mar.

Le auscultaba y sentía palpitar su alma en las entrañas mismas de su castillo. Y cuando en lo alto de sus torreones, calmo y frío, miraba las estrellas como magnetizado por el extraño misterio de los cielos, el viento le llevaba hasta sus oídos, el reclamo angustioso del mar, como una tentación, mientras salían los buhos desde los mechinales de las murallas.

Con todo eso, "El Navegante" no navegó en busca de tierras desconocidas.

Desde las atalayas de su castillo, proyectaba expediciones marítimas, y luego las armaba y las echaba al mar por rumbos desconocidos.

Fué el animador de las primeras expediciones de descubrimientos y conquistas; y con la firmeza de su carácter se propuso, tenazmente, hacer marineros a los portugueses.

El Príncipe Enrique murió en 1480; es decir antes de que llegara Colón a España anunciando con gran ruido y estrépito su arribada a las tierras de Indias a través del "Mar Tenebroso".

En 1487, Bartolomé Díaz, volvía a Lisboa, anunciando con gran júbilo, que había llegado al extremo meridional de la tierra de los afro, por donde se podía llegar sin duda, a la India, singlando hacia el noreste de un cabo, que por la furia de los vientos que le azotaban, llamaba Tormentario pero que fué bautizado por el regocijo de la Corte, con el nombre simbólico de Buena Esperanza.

Los portugueses ya habían perdido el miedo al mar. Ya no murmuraban como en tiempos de "El Navegante", que el Príncipe, loco y perverso, metía en los barcos a los hombres del pueblo para hacerles morir ahogados en mares lejanos y

misteriosos. Entonces sus barcos, desafiaban todas las rutas marinas y en silencio, modestamente, abrian, sin anunciarlo al mundo, nuevos caminos en el mar.

En 1552, un historiador portugués hablaba con sorna de Colón y de sus descubrimientos:

“Homem fallador” le dice. Hombre conversador y además vanidoso de sus habilidades y de sus fantasías sobre Cipango. “Glorioso em mostrar suas habilidades, escreve, é mais fantástico é de imaginações com sua Ylha Cipango”.

No habían sido vanos los ensueños y las fantasías del Príncipe casto y astemio que discurría con astrólogos y cosmógrafos, en la austera soledad de su castillo de Sagres.

El Rey Don Juan

Portugal, por obra y gracia del Príncipe Enrique se había convertido bien pronto en un pueblo de marinos audaces animados a grandes osadías.

Don Juan de Castro escribía en su “Primeiro roteiro da costa da India”, un párrafo que reflejaba el espíritu que el Príncipe navegante había infundido a los portugueses, que no sólo navegaban ya sobre los mares ignotos sino que se metían debajo del agua para reconocer el fondo de las barras, la dirección de los canales y la entrada de los ríos en tierras cubiertas de “bravo mato”, de monte salvaje:

“Quantas vezes estive mettido, dice don Juan de Castro, de baxo das bravas ondas por saber o fundo das barras e para que parte endereçavam os canais, e entrada dos rios até então nunca lavrados cubertos de bravo mato”...

Quieren descubrir las verdaderas rutas, estudiar los flujos del mar, los remansos de los ríos, los surgideros de los puertos, el abrigo de las ensenadas...

Quieren explicar las diferencias que observan en la aguja; establecer la altura de las ciudades y hacer “tablas” de cada lugar y río, pintando las costas y marcando los bajos y restingas, para evitar el riesgo de los navegantes. Y en estos

trabajos, dice Don Juan de Castro, que perdió su salud: “Perdi muita parte de saude e disposiçao natural...”

Cuando el viaje de Colón, reinaba en Portugal Don Juan II. Era valiente, desconfiado y feroz; y los historiadores quieren ver en él el modelo acabado y perfecto de los Príncipes del Renacimiento.

Era un observador profundo y sagaz y como su espíritu, mas que de otra cosa, era ganoso de gloria y de fama, no se paraba en los medios que empleaba para alcanzarlos. Por eso solía decir a sus cortesanos, que según las circunstancias se debían usar lechuzas o halcones; significando con esta imagen venatoria, que cuando no se podía volar a plena luz para alcanzar la presa, era menester amañarse como se amañan las lechuzas que la buscaban en las madrigueras, o al amparo de las sombras nocturnas.

Era desgarrado, arrastraba penosamente las palabras y gagueaba al hablar; y su aire fiero y la dureza de su corazón le hacían temible. El pueblo, que le veía encanecer prematuramente, sabía sin embargo que su fuerza y su destreza en el manejo de la espada, le hacían digno de la fama de forzudos que gozaban los Príncipes antiguos de que hablaban las leyendas.

Cuando Colón regresaba de su primer viaje, quiso evitar su arribada a Portugal. Conocía demasiado a don Juan a quien en vano, había pretendido antes convencer de la posibilidad de la empresa que acababa de realizar al amparo de los reyes de España.

Con todo, no tuvo más remedio que embocar el Tajo, donde apenas anclado, el capitán de un barco de guerra portugués envió a llamarle a su nave, para que allí le diera cuenta de su persona y de su viaje y del motivo que le llevaba a buscar puerto en plenos dominios del Rey de Portugal.

Colón se irguió altanero y dijo en voz alta al emisario que así llegaba a su barco:

—“Decid al que os envía, que soy Almirante de los Reyes de Castilla; que he dado ya por escrito cuenta de mi per-

sona al Rey de Portugal, y no se la dará a nadie más que a él”.

Y luego agregó:

—“No saldré de mi buque, ni permitiré que nadie salga, sino por fuerza mayor de armas; porque los Almirantes de los Reyes de Castilla, saben morir antes que darse ni dar gente suya”.

Con semejante respuesta, el capitán de la nao portuguesa determinó ir en persona hasta la carabela de Colón a informarse de su viaje; y las gentes de Lisboa, llegaron después al puerto para ver a aquellos extraños viajeros, hasta que un día vino carta del Rey Don Juan, que estaba en Valparaíso, llamando a su lado, amigablemente, al Almirante de Castilla.

Colón emprendió el viaje y llegó hasta el Rey de Portugal, a quien, los cortesanos, dicen algunos cronistas, le aconsejaron que le hiciera dar muerte; pero el Rey, que no dudaba mucho para librarse, por medios expeditos y rápidos, de las personas que se le ponían en el camino, no sólo se negó rotundamente a hacerlo, sino que le recibió con muestras de gran afecto y alegría. Pero en la conversación, amable y discretamente, el Rey habló del derecho que Portugal tenía sobre aquellas tierras ultramarinas, por donde había andado Colón.

En ese instante, se planteaban los términos de la disputa que mantuvieron España y Portugal por el dominio de las tierras de América, y que tuvo su mejor escenario a lo largo del Río de la Plata.

Tordesillas

Quando el Príncipe Enrique el Navegante mandaba explorar los mares y se empeñaba en hacer llegar a los portugueses hasta la India, costeano el continente negro — a pesar de las leyendas que corrían sobre el Cabo Bojador y las tierras tropicales — los Papas, Nicolás V en 1454 y Calixto III en 1456, le habían conferido, como Gran Maestre de la Orden

del Cristo, el gobierno de las tierras que encontraran sus expediciones.

La muerte de Enrique, en 1480, trasmitió a los Reyes de Portugal, por una bula de Sixto IV en 1481, todos los derechos y privilegios anexos al título de Gran Maestre de la Orden que se proponía la conversión de los infieles a la fe del Cristo; pero para evitar posibles conflictos con la Corona de Castilla, Portugal había firmado el Tratado de Alcazabas en 1479, reconociendo a España su derecho sobre las islas Canarias, en cambio del dominio de la costa occidental de Africa y de todas las islas que hubiere en el Atlántico.

Pero al regreso de Colón, con la noticia de que había llegado a las Indias navegando hacia el poniente, mientras los juristas y los teólogos y los diplomáticos, al servicio de Portugal, examinaban detenidamente los derechos portugueses a las tierras descubiertas en la nueva ruta, Fernando el Católico no se dormía.

Era un Príncipe de pocas letras pero de gran sagacidad; hábil y experto en intrigas palaciegas y diplomáticas; frío, egoísta y disimulado, y cuyo conocimiento de los hombres y de los ajetreos políticos, le aseguraba el éxito de sus empresas. Por eso, aunque el Rey de Portugal, le aventajara, quizás, en inteligencia y tuviera a su servicio, diplomáticos y consejeros, doctos y diestros, Don Fernando le aventajaba en astucia: “Cuantas veces se requería una política más profunda y más fina, se decía, Fernando era dueño de la partida”.

Apenas Colón le informara del camino que había abierto hacia el poniente, movilizó sus embajadores y acudió con ellos a Roma, donde un español, Alejandro VI, ceñía la triple corona de los Papas, que eran los árbitros en todas las cuestiones que se planteaban entre los príncipes de la cristiandad.

El apremio de Fernando dió, de inmediato, sus frutos. El 3 de Mayo de 1493, el Papa concedía, por una bula, a los reyes de España, iguales derechos a los que sus antecesores habían concedido a los de Portugal, sobre las tierras que descubrieran. Al siguiente día, otra bula daba a los Reyes Cató-

licos de León y de Castilla, el dominio de todas las tierras e islas descubiertas o que descubrieren, en adelante, sus expediciones, al occidente de una línea que trazaba de uno a otro polo, a 100 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde; y el 25 de setiembre del mismo año, para que no hubiere lugar a dudas, otra bula confirmaba todos los derechos concedidos por las anteriores, a la Corona de España.

España, por decisión pontificia, podía tomar posesión de todas las tierras que quedaran al poniente de la línea trazada por el Papa, si no estuvieren ocupadas por cristianos; y Portugal tendría igual derecho sobre las tierras que descubriera hacia el este de la misma línea.

Mientras el Rey de Portugal reclama, sin éxito, ante la corte romana, un teólogo español, Francisco Victoria, fraile de la Orden de Santo Domingo, sostiene que las bulas, no pueden considerarse como una división del mundo entre españoles y portugueses, para lo cual, niega facultad al Papa cuyo poder es sólo espiritual sobre los fieles de su iglesia, dice; sino, simplemente, como determinación de las regiones donde las dos naciones católicas, debían propagar el cristianismo, sin despojar a los indios del dominio de su tierra que lo ejercían como seres de razón, con sus organizaciones políticas y sociales.

Los embajadores portugueses van y vienen de Roma a Lisboa; se cruzan cartas de los grandes señores que intrigan y sonsacan entre personajes y validos de Castilla; y un día del año 1494, caballeros de la Corte, van llegando, con gran aparato y gravedad, a un pueblo de la Provincia de Valladolid, que sobre un alto ribazo, se levanta a la margen derecha del Duero.

La ciudad se llama Tordesillas, de grandes y buenos arrabales, con árboles y huertas, viñas y frutas y legumbres y tierras de pan llevar hasta cerca de los muros; de mucho verde jugoso y fresco en las riberas del río, cruzado por un puente de arcos apuntados donde se yergue una bien fornecida torre

flanqueada de almenados torreones; y de iglesias que levantan sus góticas cresterías, sobre el apiñamiento de los tejados.

Por los atajos que cruzan las tierras de sembradura, vienen, pacatos y solemnes, en sus cortas y recias ropas de camino, algunos caballeros cenceños, cabalgando sus mulas enjaezadas con anchas gualdrapas como las monturas de los obispos y de los señores principales; otros vienen a caballo haciendo corvetas con mucho sonar de pretales y coseojas y relucir de arreos con labores bordadas y reales de plata y terciopelo y cinceladas estriberas; otros luciendo correaes berberiscos o tiesos y ceñudos, en sus sillas, negro el caparazón y negras las cabezadas, barnizados los estribos, de cuero berberisco las riendas y los recios arzones y de cordobán negro o terciopelo, pretales y reatas; y luego los peones y mozos de camino, con las ropas embarradas y descosidas, y la gente de servicio con las alforjas y el mantenimiento de los señores.

En la calle y en la plaza de la ciudad, trajinan los apotadores, el andar acucioso, en el acomodo y hospedaje de los señores y los hidalgos que llegan; reparan en la limpieza y aliño de las cámaras, en la compostura de las camas, en el aderezo de colchones y frazadas y en el proveer de escudillas y cántaros, jofainas y marmitas, para dar buena y honrosa posada a la gente cortesana.

A veces, empacados y solemnes, pasan los escribanos con sus sellos y registros, mientras los amanuenses y memorialistas, con sus mamotretos y legajos, platican, con ademán desmañado, en la umbría de los portales; y en los días Domingo, en derechura a San Antolín o a Santa Clara, van los caballeros, atezados y puleros, peinado el cabello, lavada y atusada las barbas, las calzas estiradas, los zapatos hendidos, las mangas harpadas, con algun grave embajador o ministro, de mirar huidizo y palabra desabrida.

El 7 de Junio de 1494, corre en la ciudad, con gran alborozo, la nueva de que se había acabado un tratado entre España y Portugal, corriendo trescientas setenta leguas más ha-

cia el poniente; la línea que Alejandro VI trazara de polo a polo, cien leguas al occidente de las islas de Cabo Verde.

Este triunfo de la diplomacia portuguesa, aseguraba a la Corona de Portugal el dominio de una gran extensión de tierra, cuya existencia ignoraba quizás España. Dos años después de llegar Vasco de Gama, de su viaje a las Indias por el Cabo de Buena Esperanza, otro navegante portugués, Pedro Alvares Cabral, visitaba las playas de esas regiones que el Tratado de Tordesillas había puesto bajo la jurisdicción de Portugal.

Las expediciones portuguesas, ya no buscaban al Preste Juan de las Indias perdido entre tierras de infieles, para llevarle el consuelo y la amistad de sus hermanos en la fe, como en los tiempos del Príncipe Enrique el Navegante. Ahora, el Rey de Portugal, afirmaba, despectivamente, que el Preste Juan de Las Indias, era un pobre negro que vivía, montarás y señero como las fieras, entre las montañas de Abisinia; en cambio en algunos mapas donde se figuraba toda la tierra conocida, aparecía, al este del Ganges, una región toda de oro y una isla toda de plata y los marinos portugueses hablaban de ciertas islas de oro más al sur de Sumatra. Por eso, cuando zarpaban las flotas de los puertos de Portugal, el pueblo que antes clamaba contra el Príncipe que metía a los hombres en sus barcos para hacerles morir en los mares ignotos, ahora despedía a los aventureros, voceando desde la playa:

—Boa ventura! Boa ventura! Muitos rubís! Muitas esmeraldas!

Los marinos de Portugal zarpaban ahora en busca de regiones de oro, de islas de esmeraldas, de montes de rubíes y de ríos de plata, como los que aparecían en los "Relatos" y como los que señalaban los cartógrafos, con una precisión desconcertante.

Brasil

"Y prohibimos a todos los demás, bajo pena de excomunicación, ir a aquellas tierras y traficar sin vuestro permiso",

decía la bula de Alejandro VI a los Reyes Católicos, al trazar el meridiano, a cien leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, que dividía el dominio de España y Portugal sobre las islas y tierra firme que descubrieran sus expediciones y que no estuvieren poseídas por príncipes cristianos. Sin embargo, la astucia y diligencia de Pedro Díaz y Rui Pina, embajadores del rey de Portugal ante los Reyes Católicos, había rematado en el famoso Tratado de Tordesillas; y mientras España, que había accedido a correr la línea divisoria en trescientas setenta leguas más al poniente, creía que su actitud sólo traería como consecuencia el dar a los portugueses, sólo el dominio y señorío imaginario y vano sobre algunas leguas de mar, Portugal se aseguraba sus derechos sobre una dilatada región, que quizás, sus barcos habían empezado a visitar, mientras se ocultaba el destino y el rumbo que llevaban y se encerraban, en los archivos, inviolables hasta para sus mismos cronistas, las instrucciones reservadas de sus pilotos, los derroteros y los diarios de navegación.

En 1500, Pedro Alvares Cabral, llega a Lisboa anunciando que ha descubierto esa tierra que cae bajo la jurisdicción de Portugal después del Tratado de Tordesillas, y que en ella había permanecido sólo diez días. Don Manuel I *O Venturoso*, manda una pequeña flota, de reconocimiento, al año siguiente, que regresa después de haber recorrido dos mil quinientas millas de costa, poniendo nombres a ríos, cabos y bahías.

Pero la obsesión de los reyes, de los marinos y mercaderes, es el Oriente a donde había llegado ya Vasco de Gama, doblando el Cabo de Buena Esperanza; y los que regresaban de las tierras descubiertas por Alvarez Cabral, sólo traían algunas aves de pintados plumajes y algunas muestras de palo brasil.

En 1503, salen de Portugal seis embarcaciones que vuelven a recorrer las costas de los dominios portugueses de América, que el Rey ha arrendado por un espacio de tres años; en 1506, por un nuevo contrato, Fernando de Noronha, se convierte en arrendatario de las tierras donde las embarcaciones han

hecho, en esa misma época, el primer cargamento de palo brasil, que codician los tintoreros de los grandes mercados de Europa. Tres años después, al vencimiento del contrato de arrendamiento, los barcos, casi siempre franceses, navegan libremente por sus costas y entran sin reparos a sus puertos, para estibar a bordo, el palo que va dando su nombre a toda esa región del continente, que en los comienzos de las exploraciones se creía que era una isla, isla de la Vera Cruz, y que ahora llamaban Brasil.

Portugal, deslumbrado y engrdeído por las riquezas del Oriente, no piensa todavía en colonizar sus tierras de América; sin embargo en sus puertos se van instalando algunas factorías para facilitar el cargamento de los navíos, mientras sus barcos, siguen, rumbo al sur, explorando la costa con la remota esperanza de encontrar los soñados metales o algun paso, para llegar también ellos, a las Indias del Oriente, como los que siguen la ruta abierta por Vasco de Gama al sur del continente negro.

Pero el Brasil es una tierra magnífica. Los hombres de las factorías y algunos desterrados y náufragos que merodeaban en sus puertos y que habían hecho buenas migas con los naturales, desde la mollez y dulcedumbre de sus días, bendecían la bondad y largueza de la vida en la quietud y apacibilidad de aquel montaraz retiro, mientras anunciaban, entre sobrados y misteriosos, la proximidad de grandes tesoros; y los marinos, que llegaban a cargar en sus barcos el famoso palo, llevaban esas nuevas a los puertos de Europa.

Las costas, sinuosas y quebradas, ofrecen el abrigo de sus ensenadas, de sus golfos y de sus bahías, cercadas de montañas, cubiertas de vegetación, donde el mar se transparenta y aquietta con el regalo de los frescos y claros manantiales que

bajan rumorosos de las sierras entre bosques de cocoteros y tapices de helechos y de musgos.

Los días son uniformes y lentos. El sol cae a plomo sobre la tierra húmeda, hervorosa y gruesa. El monte, con los troncos corpulentos de sus árboles gigantes, pone una infranqueable barrera de misterio, donde revolotean los pájaros de polícroma y viva plumería; zumban, amodorrantes, los insectos; se arrastran las serpientes, deslizadizas y cautas, agitando sus crócalos en la hora de la siesta; y donde las fieras y alimañas se agazapan y ocultan en sus escondrijos y madrigueras. Días morosos y dilatados, adornados de sol y rumorosos de follaje y de pájaros, con indias desnudas que danzan al son de las maracas, y piraguas que bogan a la deriva en la limpia esmeralda de las bahías; con la fresca alegría de las mañanas mientras el mar tiende sus bucles de espuma sobre la espalda dorada de la playa; con el sopor del medio día, de cielo fulgurante y diáfano en un vahar delicioso de frutas en sazón, mientras el sol, a horcajadas sobre el lomo rotundo de los árboles, desgrana, entre las hojas, sus cuentas de cristal sobre la tierra negra; con el abatimiento de las tardes, más allá "do sertao", mientras el bosque se amustia medroso entre ruidos extraños y voces desconocidas, como reclamos en angustiosa fuga; y con la dulce y tibia placidez de sus noches turbulentas de estrellas y luciérnagas.

Pero los hombres de sus factorías y los naufragos y desterrados de sus puertos, sabían ya, por lengua de indios, que más al sur, en unas tierras bravas, con nieblas de naufragios y vientos ululantes, había un río "da prata", que llevaba hacia unos reinos donde las riquezas abundaban más que en las dilatadas regiones del Oriente.

EL ORIENTE

Barcos y marincros

Después de los grandes descubrimientos marítimos, portugueses y españoles se jactaban de ser maestros en el arte

de navegar y de poder enseñar a moverse en los mares a franceses, ingleses y holandeses que “eran marineros de ayer acá”. Y aunque en Vizcaya y Portugal se fabricaban los mejores barcos de la época, los hidalgos tenían todavía por cosa de afrenta y menosprecio el ser marinos, y se ofendían de tratar de cosas de la mar por indignas de hombres de reputación y pro. Sin embargo, algunos aprendían de coro “cuatro bachillerías” y así llegaban, entre gente bisoña, a capitanes de mar, sin saber más del oficio y aun menospreciándole por estimar, el de la guerra, por encima del manejo y gobierno de los navíos.

“Miraba de Campo Viejo — El Rey de Aragón un día.
Miraba la mar de España — Como menguaba y crecía;
Miraba naos y galeras — Unas van, otras venían;
Unas venían de armada — Otras de mercadería;
Unas van la vía de Flandes — Otras la de Lombardía
Esas que vienen de guerra — ¡Oh cuan bien les parecía!”

Las naos de Vizcaya navegaban con rumbo a Terranova en busca de ballenas y bacalao y a Flandes en procura de lanas, mientras los barcos de Galicia y Asturias trajinaban con Inglaterra, y Francia y Andalucía. En Cantabria había buenas maderas y buen fierro para la construcción de las naves; pero se traía la brea de Bayona, los árboles y el alquitrán de Noruega, las jarcias de Moscovia y Holanda y de Bretaña, el pacaaje para las velas, un tejido de cáñamo fuerte y tupido. A los cables blancos de España se preferían los alquitranados que venían de Flandes; mientras el fierro para fabricar las anclas se traía de Italia o se aprovechaba el mismo fierro de España, porque decían los marinos que las anclas de Flandes eran de “fierro muy agro” y tenían peligro de romperse.

Las naos, eran de poca quilla, menguado plan, y escasa bodega, pero las largas expediciones hicieron que en las carracas se empezaran a fabricar embarcaciones de mayor aprovechamiento cuidando de hacerlas buenas veleras, de buen sos-

ten, de buen gobernar y buenas de mar en través y al anca; porque cuando salían cortas de quilla, eran malas de mar por la proa, que al no alcanzar más que una ola, caía en el vacío; las que salían malas de mar en través, por el mucho plan y el poco puntal que acrecentaba el bailoteo en alta mar, obedecían sin embargo, fácilmente al apremio del timón y al manejo de las velas; mientras que aumentándoles el calado se tornaba harto apretado y peligroso el entrar en las barras de los puertos y el pasar por los bajos de los ríos.

* *
*

Las naos, se abastecían de pan, carne y pescado seco, garbanzos y habas, aceite y vino y sobre todo, de queso que era el único alimento de la tripulación en los días de tormenta, cuando no se encendía el fuego en el hogar.

Cargaban también, en gran copia y abundancia, el vinagre para regar, contra las epidemias, los ranchos de la infantería y de la gente de mar, y para “refrescar” la artillería en los días de pelea; mientras en los puertos, muchachos desgarrados de sus padres, se adiestraban en el manejo de los remos y en el conocimiento de los diez y seis arrumbamientos de la rosa de los vientos, para embarcarse luego, en chalupas y pinazas y salir a la pesca de la ballena, del bacallao, de la sardina y del besugo, hasta que, espigados y diestros en la vida del mar, les fuera dado acomodarse como grumetes en las levas de las armadas que zarpaban a tierras desconocidas.

La fiebre de aventuras arrastraba a toda suerte de gente que caía a los puertos lista para embarcarse sin saber hacia donde, entre aventureros y truhanes, marineros y soldados, que solían acabar enfermos y lisiados, ateridos en los portales y en las calles, consumidos del tabardillo, que se propagaba en el hacinamiento de los puertos diezmando las huestes de exploradores y conquistadores fracasados que remataban luego en alguna ermita, hasta donde almas piadosas les arras-

traban y cubrían de paja y hierba seca a falta de mantas y de abrigos.

En medio de este delirio, los reyes armaban sus barcos. El de Portugal ocultándose del de España y el de España cuidándose del de Portugal, aunque ambas cortes tenían sus amaños y trapacerías para conocer el rumbo y los designios que llevaban los capitanes. Por eso cuando España, después del descubrimiento de Balboa, resuelve salir en busca del paso que comuniquen los dos Océanos, con la oculta esperanza de llegar a las Molucas y señorear también el Oriente, cuida el Rey, en las Instrucciones que le da a su Piloto, de recomendarle el más absoluto secreto: "Habéis de mirar, le dice, que en esto ha de haber secreto e que ninguno sepa que yo mando dar dinero".

El Oriente

El mundo estaba colmado de maravillas.

Francisco Antonio Pigaffetta, el autor del Diario de la expedición de Magallanes, por sus lecturas de libros y manuscritos con peregrinos relatos de viajeros y por las pláticas de los purpurados y príncipes de la Iglesia, supo que navegando por los mares se veían cosas maravillosas; tierras remotas donde cierta ave del paraíso, empollaba los huevos anidando sobre el macho, y playas misteriosas donde un pájaro extraño, de plumaje negro y pico fieramente dentado, se metía en las fauces de las ballenas para arrancarles el corazón.

En los mares que se extendían hacia el sol naciente, surgían, en un vahar de alcanfor y sándalo, aquellas islas que en su nombre ya encerraban todo un poema de leyenda y de misterio: Taprobana, Catay, Cipango...

En el Oriente, con sus caravanas de elefantes engualdrapados precedidos de una doble ringlera de siervos con vasos de porcelana, donde los ricos paños de seda y oro cubrían las ofrendas, se levantaban palacios siete veces murados con sus cien aposentos, coruscantes de plata y oro, perlas y esmeral-

das y rubíes, a la luz de los mecheros; mientras trajinaban hermosas mujeres, bajo la mirada inquisidora de los fieros guardianes, que con sus manos ensortijadas, apoyaban en el muslo la punta de sus puñales con empuñaduras de perlas y oro, hieráticos junto a los tapices de seda y a los pesados cortinones de brocado.

Dilatadas y fértiles comarcas donde crecía la canela y el jengibre, la nuez moscada y el ruibarbo, señoreadas por reinas jóvenes y bellas, vestidas de largas túnicas blancas y tocadas por tiaras tejidas donosamente con hojas de palmeras sobre las que caía hasta las espaldas un velo de seda y oro, que paseaban su tedio ante el séquito, sumiso y tácito, de muchachas que mostraban todo el encanto y morbidez de sus cuerpos desnudos, perfumados de rosas y almizcle.

Comarcas que no se acabarían jamás de recorrer en todo su ámbito, sometidas a la férula de reyes que decoraban su impúdica erasitud con pendientes, brazaletes y ajorcas de oro y pedrería y un faldellín de seda ceñido a los lomos, como único indumento, mientras divagaban sobre el curso y los signos de las estrellas y de la luna bajo doseles de rica sedería roja y amarilla y brocateles de oro.

Mares surcados por embarcaciones doradas, con alegres pabellones de seda azul y blanca, empenachados de plumas de pavo real, donde los músicos entre el claro tintineo de los címbalos tañían cornamusas y redoblaban timbales y tambores; o ligeros barks de junco y tablas unidas con clavijas de maderas olorosas y velamen de cortezas de árboles levantado en mástiles de cañas.

Pueblos donde se servía un copioso desayuno de manjares sazonados con canela y clavo, en tazones de porcelana finísima fabricada con una tierra blanca, refinada durante cincuenta años, que tenía la virtud de volver inocuo hasta al veneno más terrible que se sirviera en ella; y palacios misteriosos donde algún señor guardaba para su deleite y regocijo, perlas del tamaño de un huevo de gallina, a la luz tornadiza

de mecheros de aceite y de velones de blanca cera en magníficos candelabros de plata.

Colón había muerto convencido de haber llegado a esa India legendaria, a la India del Gran Can; a la India de las especias y de las ciudades con templos de oro donde señoreaban los Príncipes más poderosos del mundo.

El no había visto en sus viajes esas mentadas grandezas, pero creía firmemente que andando por ahí, por esas islas que él descubriera en el Caribe, se encontrarían, el día menos pensado, las soñadas tierras del Cipango y del Catay, por las que dilataba y extendía su voluntad.

Entre tanto, Vasco da Gama y sus portugueses, doblando el Cabo de Buena Esperanza en el confín meridional del Africa, habían llegado a las Indias del Oriente, y sus relatos coincidían con la visión fabulosa y deslumbrante que de esas tierras se tenía, a través de los relatos antiguos; mientras los españoles que seguían la ruta abierta por Colón hacia el Poniente, sólo hablaban de esperanzas más o menos remotas y de noticias más o menos imprecisas y vagas, de imperios poderosos.

España había encontrado unas tierras nuevas que exploraba penosamente en busca de las minas de donde salía el oro y la plata que ostentaban en sus adornos los indígenas de las islas y de tierra firme.

Portugal había encontrado en cambio, al final de su ruta hacia el Oriente, los anhelados tesoros de la India, con cuyo tráfico se enriquecieron los árabes que fomentaron el temor de los cristianos a los monstruos y a las tinieblas del mar, para alejarlos del lucrativo comercio.

Por eso, después del viaje de Vasco da Gama, el Rey de Portugal se apresuró a afianzar su dominio sobre las lejanas tierras del Oriente; organizó nuevas expediciones, y Don Affonso D'Alburquerque, "O Leão - do - Mar", fundó el nuevo imperio portugués, al cabo de cinco años de luchas y dolores, entre Hormuz, Goa y Malaca.

En 1511, Portugal tenía asegurado el vasallaje de las di-

latadas regiones que durante toda la Edad Media habían exaltado la imaginación de los cristianos: las bocas del Ganges, Madagascar, Sumatra, Java, Borneo, las Molucas. . .

España seguía, mientras tanto, las exploraciones de las tierras que Colón se empeñara vanamente en demostrar que eran las Indias. Pero cuando en 1513, Balboa descubrió el Pacífico, España procuró encontrar la comunicación entre los dos Océanos, que pudiera llevarla a disputar a Portugal la soberanía en los mares del Oriente donde las Molucas surgían como un nuevo Paraíso.

Solís

El hombre a quien España encomendó esta misión se llamaba Juan Díaz de Solís.

Los pilotos no tenían aún la experiencia ni la instrucción que era menester para regir y gobernar los navíos que iban a las “Yndias, yslas e tierra firme del mar oceano”.

Una Real Cédula de Doña Juana, fechada en Burgos el 24 de Julio de 1512, dice que por que los pilotos no saben “por donde han de tomar el quadrante y estrolabio y el altura, ni saber la quarta della les han acaesçido e de cada dia acaesçen muchos yerros y defectos en las navegaciones”, ocasionando con ello, no solo “descervigio” a la Corona, sino también causando “muchos daños a los tratantes”.

La frecuencia y la importancia que adquirirían las expediciones, reclamaban la dirección y comando de gente experta “e mejor fundada, decía la misma Real Cédula, e que sepan las cosas necesarias para las tales navegaciones” y que llevaran por delante, no los padrones y cartas que hasta entonces se hacían generalmente, donde se habían marcado las derrotas y pintado y asentado las tierras arbitrariamente, sino un padrón “cierto é verdadero”.

Por eso, para evitar los riesgos de las travesías, que a la inexperiencia de los pilotos, agregaban los errores de las derrotas y de las cartas levantadas por gente bisoña, se mandó publi-

car por voz de pregonero y ante escribano, en los mercados y en las plazas de Sevilla, la Real Cédula de doña Juana, que convocaba a todos los pilotos que supieran de “las navegaciones, y astrolabios e alturas e compases”, para que reunidos en la Casa de la Contratación, en presencia de los Oficiales que allí estuvieren y bajo la dirección de Solís y de Vespuchi, — “tales personas y tan espertos y doctos para lo susodicho” dice la Real Cédula — platicaran y convinieren sobre las observaciones y los cálculos que permitirían levantar la verdadera carta de la navegación a las Indias orientales, que dibujada y pintada luego por Solís y Vespuchi, en pergamino, sería trasladada para uso de todos los pilotos.

Solís era un viejo marino. Había navegado por el Mar Caribe y por el Golfo de Honduras y había descubierto tierras en el Yucatán. Fué compañero de Pinzón, pero esta amistad acabó desastrosamente y como consecuencia de ciertos líos que entre ellos tuvieron, Solís fué a dar a la cárcel.

En 1512, ocupa el cargo de Piloto Mayor de Castilla en reemplazo de Américo Vespuccio; sin embargo, el Rey de España, desconfiaba de él, quizás, dicen algunos historiadores, por su origen portugués aunque otros le hacen natural de Lebrija.

Cuando Portugal y España, se preparen para demarcar sus dominios de acuerdo con el Tratado de Tordesillas, Solís, irá como experto por España, aunque el Rey Fernando, que nunca pecó de confiado, mandará en esa expedición, lo dice él mismo, “una persona de mucha confianza e recabdo, el cual ha de llevar secretamente poderes que exceden a los que el dicho Juan de Solís lleva”.

Los Oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla le escriben al Rey diciéndole que tienen informes desfavorables sobre la persona de Solís; y el Rey les contesta que se informen secretamente sobre los datos que le envían y que si lo encontraren culpable, que le prendan sin miramientos.

Con todo, es este mismo hombre, experto, como pocos, en los mares, el que firma por fin, con el Rey de España, una Capitulación para salir a “descubrir por las espaldas de Cas-

tilla del Oro", que era la región que bañaba por un lado el Caribe y por el otro el Pacífico, al que llamaron Mar del Sur cuando le descubrió Balboa.

Desde luego, para "descubrir por las espaldas de Castilla del Oro", Solís debía encontrar antes el paso que uniera los dos mares. Y con el fin de preparar su expedición se trasladó al caserío de Lepe, que con sus paredes enjabelgadas y sus ventanas de arcos mudéjares rodeados de azulejos, se agazapaba detrás de la arboleda, a la margen derecha del Piedraza.

El 8 de Octubre de 1515, las tres pequeñas naves de la expedición de Solís, estaban prontas en el fondeadero de Bonanza en Sanlúcar de Barrameda, a la desembocadura del antiguo Betis.

En la mañana luminosa y radiante, se oirían graznar las gaviotas entre el cielo azul y el agua tranquila y mansa. El puerto olería a brea, a madera recién devastada, a sebo y a cáñamo alquitranado; a marisco y a pescado rancio. Los pilotos discurrirían gravemente, frente a las naos anchas y gordas, con la mano izquierda donosamente apoyada en la cadera y en la mano derecha un pliego arrollado, quizás una carta de mar o un derrotero; mientras los contra maestres, rollizos y sudorosos, vociferaban zafaduras y blasfemias en la jerga pintoresca de la gente de mar, medio levantina y genovesa y arábiga, entre la turba de marineros de cabezas enmarañadas y grasientas y de barbas aborrecidas que dejaban asomar los dientes amarillos y rotos.

Y con Solís se embarcaron también otros hombres que unieron después sus nombres a la historia de ese río de la Plata, grande como un mar: Diego García de Moguer, Francisco de Torres, Melchor Ramírez, Enrique Montes, Martín García y hasta un grumete a quien llamaban Francisco del Puerto.

Y empezaron la travesía; y llegaron los días, sin crepúsculos, del trópico; y las estrellas nuevas de otros cielos; y las algas flotando en el agua densa del mar; y los peces voladores; y los días galenos; y la atmósfera plúmbea y sofocante, refrescada apenas por algunos chaparrones; y los fuegos de San Telmo, que en las noches de tormenta encendían sus misteriosas antorchas en los palos del barco.

Las naves, con sus castillos de popa y proa, de escaso calado y menguados paños para tan dilatada travesía, iban reforzadas por gruesas bulárcamas y embadurnadas de alquitrán y sebo. Dos de las carabelas llevaban aparejos en cruz en el palo trinquete y vela latina en el palo de popa, como las que llevaba en ambos palos, la otra.

*
* *

Solís y algunos de sus acompañantes conocían ya una parte de las costas del Brasil, pero el camino por el mar reservaba siempre sorpresas desagradables y era menester navegarle con cautela.

Todos los días, una vez por la mañana y otra por la tarde, después de las oraciones que rezaba la tripulación amparada al pie de una cruz, los tres barcos se ponían al habla. El que iba a sotavento salía en busca del que estaba a barlovento; se saludaban a usanza de la gente de mar y a la tarde se acordaba lo que harían por la noche, en presencia del veedor y del escribano que tomaría nota de todo lo que se platicara y resolviera. Y al caer el sol, la nao de Solís encendía el farol, para que la pudieran seguir las otras en medio de las sombras.

* *
*

Llegan, por fin, a la costa del Brasil. Pasan frente a las blancas arenas de las dunas cubiertas de jara y zarzas del

Cabo San Roque; costean una tierra ardiente, sin puertos, donde la sonda da siempre en bancos de corales; avistan las barrancas rojizas, festoneadas de palmeras, del Cabo San Agustín; dejan atrás el Cabo Santo Tomé y enfilan luego las proas hacia la maravillosa y exultante Bahía de Río de Janeiro, donde la tierra les brinda, generosa, sus frutos. Y después de cargar a bordo, maíz y batata, carne de venado y de la volatería india de gallinas y faisanes, siguen el rumbo hacia el Sur misterioso, tanteando los mares incógnitos, en un angustioso otear de horizontes, mientras la aguja oscila, inquietante, sobre la Virgen grabada en el centro de la rosa de bitácora.

* *
*

En la Bahía de Santos al margen del río San Vicente, los expedicionarios se encuentran con un cristiano que ha sentado allí sus reales: un bachiller portugués, que vive como en un serrallo, con sus mujeres indias y sus hijos mestizos y que fué el primero en intentar un tráfico de esclavos, en esta costa del Atlántico.

Solís sigue adelante; y a los tres meses y medio se encuentra con un estuario inmenso y se mete adentro, siguiendo la margen izquierda y tomando posesión de la tierra en nombre del Rey de España. Y como el río es espacioso y ancho como un mar y el agua no es salobre, le llaman "Mar Dulce".

Avistan luego un cerro coronado de árboles retorcidos y torturados por los vientos del sur, que se levanta sobre una playa, dilatada, de arena y más allá, campiñas abiertas y unos arroyos apacibles, donde abunda la caza y la pesca.

Luego, más adentro del río, llegan a una isla, donde entierran el cadáver de Martín García, despensero de la expedición; y como Solís quisiera saber qué gente era aquella que atisbaba entre los árboles y la maraña de la costa vecina, baja a tierra firme, donde los indios le asaltan y le matan a él y a los que les acompañaron en el desembarco. Pero de la ma-

tanza escapa el grumete Francisco del Puerto, que queda abandonado en tierra mientras el resto de la expedición emprendía el regreso.

Al arribar a España, los sobrevivientes de la expedición que saliera a descubrir tierras a "espaldas de Castilla del Oro", sólo había descubierto un "Mar Dulce" al sur del Brasil; habían dejado en sus orillas el cadáver de su Capitán, tras-pasado por las flechas y las lanzas de los indígenas y llevaban como muestras de la tierra, unos cueros de lobos marinos, una india moza, que Torres, el Piloto, tomó como esclava, y unos quintales de palo brasil que cargaron en los dominios portugueses de la costa del Atlántico.

Magallanes

Entre tanto, los descubrimientos y las conquistas de los portugueses en el Oriente, deslumbraban al mundo entero.

Aquellas sí que eran las verdaderas tierras de las Indias que había visitado Marco Polo y que en los tiempos antiguos se habían mantenido rodeadas de una atmósfera de leyenda y de misterio entre relatos espeluznantes de mares tenebrosos y horizontes de fuego.

Pero las expediciones de Portugal habían disipado para siempre las tinieblas de los mares, y apagado el fuego de los horizontes.

En el Oriente, donde los hombres eran como los de España y Portugal, no había como decían relatos antiguos, hombres sin ojos, ni con cabeza de perro, que ladraran en vez de hablar. En cambio, todas las riquezas con que había soñado la codicia de Occidente, se encontraban allí, a merced de los portugueses, mientras los españoles desde las Indias de Colón, regresaban más pobres y lisiados que ricos y poderosos.

Si América hubiera estado partida en dos a la altura del Panamá, la historia del mundo hubiera quizás tomado otro rumbo. Los españoles habrían pasado de largo por ese portillo y todos los pueblos de la cristiandad se habrían lanzado, de-

trás de ellos, sobre los tesoros del Asia. Sin embargo, América como una barrera infranqueable desde un polo hasta el otro, cerró el paso a la ambiciosa locura de los aventureros. América era el freno de los desvaríos de Europa.

Pero España, no podía quedarse tranquila. El único paso hacia el Oriente que se conocía era el descubierto por Vasco da Gama en el extremo sur del Africa; y esa ruta, bajo pena de excomuni6n, queda fuera de sus aspiraciones y dominios. Por eso, ante el fracaso de Solís, arma la flota de Magallanes y la larga en una nueva busca del paso a las famosas islas Molucas, que quedaban "a espaldas de la tierra".

Cargada de malos agüeros se armaba esta expedici6n.

Los abuelos escuchaban temblando, en las horas de la noche, el aullar desesperado de los perros, como gemidos de agonia, y el medroso boznear de las lechuzas revoloteando sobre los escombros y las ruinas de los casales mientras una luna sangrienta, amenazante y torva, ponía en el cielo, con sus cuernos fosc0s, señales inquietantes de plagas y de duelos.

En las tabernas, los marineros borrachos, renegaban como condenados, por que al levantar el áncora de uno de los navíos de la expedici6n, se habían cortado las gúmenas y los cabos que la sostenían, y por que en otro barco, se habían quebrado las antenas, misteriosamente, antes de sufrir la fuerza de las velas desplegadas.

Mujeres apenadas, inmóviles frente a los barcos, afirmaban haber visto, cómo en las horas de calma, temblaban y se estremecían los mástiles de la flota, como si una tormenta invisible los castigara; mientras algunos tripulantes, curtidos en los mares, juraban que los trinquetes y las mesanas, se movían, en las maniobras, pesada y lentamente, advirtiendo a la gente de a bordo los duelos que les tenía reservada esa navegaci6n.

Pero no eran solo estas señales, donde el pueblo leía los malos agüeros, las que anunciaban el desastroso y trágico acabar de la empresa de Magallanes.

Contemplando el movimiento de las estrellas y de los planetas y observando la crin tendida y flamígera de los cometas, los hombres más sabios y expertos en la ciencia de la astrología, anunciaban las mismas malaventuras y desastres.

Ruy Falerio, astrólogo famoso, que había demostrado con sus cálculos y su compás, que las Molucas caían dentro de los dominios de España, establecidos por la línea de Alejandro VI, se negaba a embarcarse en la expedición por que tenía bien averiguado, por fuerza de hados y de malas estrellas y por el ascender y declinar de las constelaciones, que este viaje le sería fatal.

Con todo, y a pesar de las citas de Platón y de los aforismos del Centiloquio de Tolomeo, que afirman que nada acontece en nuestras vidas sin que tenga su origen en causas y motores celestes, la expedición de Magallanes se hizo a la vela, entre el réir mocero, lleno de lozanía, de los grumetes y el eño adusto de los viejos marinos.



Magallanes sabe bien lo que es el Oriente. No lo sabe por relatos, sino por sus trajines; que ha navegado en sus mares y ha peleado en sus tierras.

Magallanes era portugués y en los tiempos en que el Duque de Alburquerque había gobernado por el Rey del Portugal los dominios de la India, había pasado cinco años en ella, adquiriendo un directo conocimiento de las tierras del Oriente y adiestrándose en el manejo de las armas. Bien podía decir, entonces, con cierta jactancia lusitana, que los mares no tenían ya secretos para él.

Desde muy mozo, como buen portugués, se había preocupado por las cosas del mar. Era diestro, no sólo en el conocimiento de los mapas y en el manejo del astrolabio y de las tablas, sino también en el gobierno y comando de los buques. Dice Pigaffeta, que en las largas travesías, se condenaba a sí

mismo a más privaciones y penurias que la tripulación. Sabía llevar con entereza y gran firmeza de carácter las adversidades mayores de su vida y jamás se le vió flaquear frente a las dificultades y obstáculos que se oponían a la realización de sus planes. Era invencible y tenaz.

Cuando regresó a Lisboa después de estas andanzas, mantuvo una larga correspondencia epistolar con un pariente suyo, Francisco Serrano, a quien el Virrey de la India, el Duque de Alburquerque, le había encomendado cierta misión militar para afianzar el señorío portugués en el Oriente y que acabó proclamándose soberano de las islas Molucas.

Ciertas desavenencias con su rey, llevaron a Magallanes al servicio de España. Tenía cerca de cincuenta años cuando salió con su expedición en busca del Estrecho, a pesar de las reclamaciones y protestas formuladas por el Rey de Portugal ante la Corte de Carlos V.

En el mes de Agosto del año 1519, en la mañana de un día lunes, los doscientos treinta y siete hombres de su expedición estaban a bordo de las cinco naves y descendían por las aguas del Betis en dirección al puente de Guadalquivir, desplegada la vela del trinquete, después de anunciar la partida con una salva de artillería. Las naves anclaron luego en Sanlúcar y unos días después, llegaban desde Sevilla, embarcados en unas chalupas, Magallanes y sus capitanes.

Mientras se acaba el aprovisionamiento de las naves, los tripulantes bajan todas las mañanas a oír misa en la iglesia de Nuestra Señora de Barrameda y antes de partir, toda la gente de la expedición, por orden de Magallanes, aligera la carga de sus conciencias a los pies de los confesores.

Magallanes, con su cojera, que un lance de guerra en el Africa le había baldado para toda la vida, toma las últimas providencias, y el 20 de Setiembre zarpan del puerto de Sanlúcar con rumbo a Tenerife.

A fines de Diciembre, pasan frente al Río de la Plata, y Pigaffeta anota en su "Diario": "Aquí es donde Juan de Solis, que, como nosotros, iba al descubrimiento de tierras nue-

vas, fué comido por los canibales, de los cuales se había fiado demasiado, con sesenta hombres de su tripulación”.

Siguen con rumbo hacia el Sur, “costeando esta tierra hacia el polo Antártico”..., dice el mismo Pigaffeta, y avistan la costa inhospitalaria de la Patagonia.

Habían pasado tres años desde que la expedición de Magallanes zarpara de Sanlúcar de Barrameda, sin que tuvieran, de las tierras que daban al sur del Brasil, nada más que algunas vagas y remotas noticias; pero cierto día llega al mismo puerto, un barco que trae las velas desgarradas, la tabla podrida y rota, los tripulantes exánimes y astrosos, y entre aquellos hombres, de cabezas intonsas y cubiertos de harapos. con el andar claudicante y el cirio de los promesantes en la mano, Juan Sebastián Elcano, que les acaudilla para traer a España la gran noticia; la noticia que esperaban los Reyes para disputar, sin escrúpulos de conciencia, la hegemonía del Oriente a los reyes de Portugal: la expedición de Magallanes, muerto en desigual y fiero combate, antes de llegar a las islas Molucas, había encontrado la ansiada comunicación de los océanos, más al sur del Brasil y del río de Solís.

Las Molucas

Afirmaban algunos graves autores de la antigüedad, que los primeros habitantes de las Molucas, habían llegado atraídos por la suavidad del perfume que embalsamaba el aire de las islas. “Afirman otros, dice el Licenciado Bartolomé Leonardo de Argensola, que los Malucos, descienden de los Iaos, que atraídos de la suavidad de los olores que arrojan los aromas, se quedaron en Maluco”. Y agrega, que esos hombres cargaron sus naves de clavo, hasta entonces desconocido, y que con él traficaron por los mares de Arabia y el Golfo Pérsico, trajinando también con sedas y lozas, “obras de la fertilidad e ingenio de los chinos”, dice, y que el clavo, por mano de los persas y de los árabes, pasó así a los griegos y romanos.

En los tiempos del descubrimiento de América, el tráfico

de las ricas mercaderías y de los codiciados productos del Oriente, lo hacían las caravanas de camellos que llegaban a los puertos del Egipto o del Golfo Pérsico, donde los comerciantes italianos los llevaban a bordo de sus barcos. Por eso, cuando en 1510, los portugueses doblaron con Vasco da Gama, el Cabo de Buena Esperanza, abriendo al comercio una nueva ruta, instalaron de inmediato una factoría en las islas Molucas, para monopolizar y controlar el tráfico de todos los mercados de la India.

En 1514, ya llegaban a Portugal noticias concretas sobre el Oriente, en las cartas que Ruy de Brito, Gobernador de Malaca, enviaba al Rey Don Manuel.

En Sião, tierra dilatada, donde señoreaba un rey cafre, había laca, benjuí, brasil, y gran copia y abundancia de arroz; en Andragujri, sometido al dominio de un rey moro, había grandes yacimientos y minas de oro, y crecía el lirio, cuyas raíces encerraban grandes virtudes medicinales y el "áloe de butica"; y en Pegú, tierra extraordinariamente rica, sometida a un rey cafre amigo de los lusitanos, se comerciaba con arroz, benjuí, y lacas. Había además innumerables reinos pequeños pero de una riqueza incalculable, que tenían también sus tratos con Malaca; mientras que de la China, la mayor tierra conocida, venía el almizcle, la porcelana, los brocados, la seda, y una gran variedad de frutas y de Bengala, las más deliciosas conservas en azúcar.

Por eso, bien pronto, se arma una nueva flota, cuando arriban a España los sobrevivientes de la armada de Magallanes, con la noticia de que han llegado ellos también a las Molucas, por el paso que comunica los dos océanos en el extremo meridional del continente que descubriera Colón. Fray García Jofré de Loayza, Comendador del Orden de Rodas, abandona entonces el regalo y tranquilidad de su vida y prepara y organiza la expedición que llegará a las islas Molucas por el camino trazado por las naves de Magallanes.

Cuatrocientos cincuenta hombres se embarcan en el puerto de la Coruña en el mes de Junio del año 1525. Siete barcos,

al mando de Loaysa, llevando como piloto al infatigable y recio Sebastián Elcano, ponen sus proas hacia el sur, por donde en vano había buscado el camino el malhadado Solís.

Loaysa tiene prisa por llegar al Oriente y pasa de largo por la boca del río que los españoles comenzaban a llamar de Solís, para alegar la prioridad de su descubrimiento; bordea las costas inhospitalarias de la patagonia, y se mete por el Estrecho, y en medio de zozobras y penurias, comienza su navegación por el Pacífico, en busca de las ansiadas islas de las especias. Pero las tormentas le desmantelan sus barcos, y el hambre y la peste le diezman sus hombres, y a pocos días de haber pasado el Estrecho, las naves vuelven a separarse y a perder, entre sí, todo contacto en aquel inconmensurable y trágico desierto de agua. La nave capitana, desbaratada la arboladura, se aniega por los rumbos abiertos, sin que den abasto las dos bombas que sin cesar, día y noche desagotan los paños. La ración se disminuye más aún, mientras el barco continúa "corriendo algunas trinquetadas" en dirección hacia el noroeste. Tiene quebrados diez codos de quilla en el codaste; las tormentas le llevaron los bateles y las amarras y le arrasaron y deshicieron la obra muerta; mientras los tripulantes, para aligerarla cuando el mar se les metía en las bodegas, hacían "hechazón del artillería y de lo que más a mano tenían", arrojándolo todo por la borda.

Sólo les quedan cuatro quintales de bizcocho hecho polvo y un poco de agua potable. Al salir del Estrecho Loaysa tiró su derrota adelante, vía de las Molucas y quiere cumplirla a costa de todos los sacrificios, a pesar del hambre y de la peste y del mar enbravecido, que sólo en su nombre es pacífico.

Loaysa es un buen capitán, sabio y de experiencia, de gentil conversación y muy bien quisto, dice Oviedo. Comparte la miseria de su mesa con sus hombres; alienta a los que desfallen; acude en todos los percances de abordó; pero tanta desventura y tanta fatiga, le ponen atormentado y doliente, hasta que "de enojo de verse solo y habérsele perdido todas

las naves, dice un sobreviviente, adoleció y murió''. Era el 30 de Julio de 1526.

De acuerdo con una instrucción secreta de Su Majestad que abren a la muerte de Loaysa, le sucede en el mando Juan Sebastián Elcano; pero el compañero de Magallanes, que entre tantas miserias y peligros, bojó y circundó por primera vez el mundo, cae extenuado de hambres y fatigas y muere también cuatro días después de haber sido reconocido por General. Sin embargo, los que quedan a bordo, trabajando sin cesar en la bomba, mantienen la nave a flote, cruzan hacia el norte la línea del Ecuador, enmiendan luego el rumbo y llegan a las islas de la especiería.

Pero sus penurias no tienen fin. Los portugueses que ya tienen establecidas sus factorías y fortalezas, les niegan el derecho que ellos invocan en favor de su Rey y Señor sobre el dominio de las Molucas, y comienza entre españoles y portugueses una guerra sin cuartel. La lucha es dramática y fiera; los portugueses, en mejores condiciones militares, acorralan y diezman a los españoles, pero cuando han perdido ya toda esperanza de triunfo y se resignan a morir como buenos vasos, con las armas en la mano en defensa de los pretendidos derechos de su Rey, les llega un inesperado refuerzo desde los dominios que en América acababa de conquistar Hernán Cortés. Sin embargo, a pesar de esta ayuda, los lusitanos les aniquilan, y cuando solo han quedado diez y siete españoles, que luchan todavía fieramente para afirmar con su sangre el derecho de España, sobre las codiciadas islas, se enteran de que Carlos V ha renunciado a sus pretensiones sobre las Molucas en favor del rey de Portugal Don Juan III, por 150.000 doblas.

Todo mohinos y maltrechos, cocidos de fieras cicatrices, emprenden el regreso en unas naves portuguesas, que hacen la vía del Cabo de Buena Esperanza. No llevan en sus pobres maletas, ni oro, ni marfil, ni seda, ni especias de la India, sin embargo guardan celosamente los mapas y derroteros que pudieron levantar en aquellas regiones y la minuciosa "Rela-

ción'' de todo lo acontecido, para ponerlos en las manos de su rey. Sin embargo al llegar la nave a Lisboa, los portugueses les despojan también de sus cartapacios y memoriales y les meten en prisión. Sólo algunos pueden huir y franquear la frontera de su patria.

Así llegaron a Valladolid, los últimos sobrevivientes de la expedición, que doce años antes había zarpado de la Coruña al mando de Loaysa, para asegurar, por la vía del Estrecho que abriera Magallanes, el dominio de las Molucas a la Corona de España.

EL RIO DE LA PLATA

Los cautivos

Las guerras contra los moros, habían despertado en España, un sentimiento de exaltada piedad hacia los cristianos cautivos. Las leyes de la Iglesia y del reino mandaban rescatarlos y con este fin se habían organizado Ordenes religiosas y militares, que dejaban a sus miembros en rehenes para librar del cautiverio al infeliz que había caído en poder de los enemigos de su ley.

Los cautivos, eran, a veces, hidalgos que habían salido a domar la gente del Corán, expugnando las más fuertes plazas y las más altas torres, quebrantando villas y castillos, o cabalgando por las vegas de Granada, encontradizos a las algaras moriscas que al galope de sus caballos alazanes y morcillos, las espuelas de oro, las estriberas de plata, la adarga ante los pechos, campeaban soberbios, los azules pendones de lunas plateadas, entre el rojo del albornóz, el verde de los marlotes, el escarlata de las aljubas y la grana de los capillares.

Otras veces, eran romeros, que marchaban como aquellos Condes gafos, en dolorosa peregrinación al Santo Sepulcro, los que caían en manos de moros y acababan sus días, en gran dolor y quebranto, en la más desconsoladora "ausencia y so-

ledad de amor''. Porque los cautivos aparecieron siempre ante los ojos del pueblo, en un ambiente medio épico y sentimental, con reminiscencias de cantares y romances.

Las Leyes de Partidas, decían que los moros, sometían a duras prisiones, cargados de afrentas y de oprobios, a los cristianos que caían en sus manos. "Ca estos, dice, los matan despues que los tienen presos, por desprecio que non han la su ley, o los tormentan de crueles penas, o se sirven dellos como de siervos, metiendolos a tales servicios que querrian antes la muerte que la vida''.

Pero no era sólo el dolor de los herrajes remachados en las mazmorras moriscas, ni las afrentas y oprobios de los oficios más bajos y serviles, lo que movía a compasión hacia el cautivo; ni lo que imponía, con grave cargo de conciencia, la obligación de rescatarle. Era el temor de que perdiera el alma renegando de la fé, guiado arteramente por el sutil discurso de ulemas y alfaquies, o por el pérfido encanto femenino que quebraba la voluntad y la fe de los más firmes cristianos, en las alcobas perfumadas, entre tapices de seda y oro, mientras los almuédanos, clamoreaban desde las zumaas y alminares llamando a la azalá de la tarde y las mozas, en el recato de sus velos oscuros, con el cántaro a la cintura, regresaban de la fuente de piedra en un paisaje de palmeras como en una estampa bíblica.

El cautivo es una institución en los pueblos cristianos. La Iglesia levanta al cielo sus oraciones pidiendo por ellos misericordia; unos frailes, salen con sus hábitos blancos, a redimirlos entregándose ellos mismos en rehenes; los poetas del pueblo les cantan en sus romances; las leyes amparan sus bienes mientras yacen en cautiverio; y los reyes les mandan rescatar. Por eso, en el "Asiento" de la expedición de Caboto, se establece que el veinte por ciento de las ganancias, se destinará "a la redención de cautivos".

Y es, precisamente, ese temor por la apostasía y la pérdida de la fe a que se encuentran expuestos los que viven en

cautiverio, el que inspira una de las cláusulas de las “Instrucciones” que se dan al mismo Caboto antes de zarpar.

Como según lo decía Don Antonio de Guevara, las mujeres que suelen ir embarcadas “son más amigas de caridad que de castidad”, se le mandaba, que, si acaso, en alta mar, sorprendía alguna, metida a bordo furtivamente, que castigare con dureza a quien la hubiere llevado y que abandonara a la mujer en la primera tierra que encontrare “siempre que esté poblada de cristianos”.

Los desterrados

Primero empiezan los reniegos y las blasfemias y luego de las miradas torvas y las getas hoscas se pasa a las alharacas y a los motines.

Unas veces es por el agua que de podrida ya no puede tragarse; otras por el bizcocho, incomible; otra, es por la escasa ración de pescado medio rancio y de carne seca, que los tripulantes gruñen y alborotan en un conato de revuelta.

Otras veces se hacen banderías y partidos entre la gente de a bordo y riñen entre ellos y se injurian hasta que les meten un par de grillos a los más ardidios.

Un día se trenzan en gresca infernal sobre si es superior el oficio de la guerra al oficio del mar; y hasta discuten y riñen sobre las tierras que van a descubrir y sobre lo que a cada uno tocará en el reparto del oro y la plata y las perlas y las piedras preciosas que cobrarán en las tierras vírgenes de América.

Pero lo más grave ocurre cuando la tripulación empieza a murmurar primero y luego a levantar la voz y a decir necesidades sobre el rumbo que lleva la nave. Entonces ha llegado el momento de intervenir con energía y rapidez para ahogar motines y abortar sublevaciones.

Y así van pasando los días, hoscos, sombríos, llenos de recelos y de envidias; de delaciones y traiciones y deslealtades.

En la bahía de San Julián los hombres de Magallanes, hartos de inclemencias y de fatigas, de hambres y de fríos, están prontos para levantarse, tomar el comando de los barcos y enfilar las proas en el viaje de regreso. Pero con un golpe de audacia desbarata Magallanes el motín y hace su justicia. La justicia terrible de aquellos navegantes. Dos cadáveres decapitados y descuartizados quedan en el patíbulo y otros dos cabecillas, abandonados en la playa con un poco de comida y de vino, mientras las naves tienden sus velas y cargadas de temores y de odios toman de nuevo el rumbo hacia el Sur, crujiendo las cuadernas y tremolando las jarcias en busca del paso que les llevará hasta las famosas islas del Oriente.

Cuando la desgraciada expedición de Loaysa pasó luego el Estrecho y en su desembocadura las naves se separaron con rumbos distintos, los tripulantes de uno de los barcos acabaron en un motín con la gente principal de abordó, destruyeron la nave y se refugiaron en una isla del Pacífico, donde, para inspirar compasión y eludir el castigo, se fingieron naufragos cuando les descubrió la nave que Hernán Cortés enviaba desde Méjico en auxilio del puñado de españoles que en el Oriente disputaban a los portugueses el señorío de las Especierías. Pero como la treta se descubriera por una delación, los cabecillas del motin fueron ajusticiados y el resto de los tripulantes, quedó desterrado en las Islas Celebes.

Con todo, los Reyes de España, solían recordar con piedad no solo a los cautivos sino también a los que la justicia de a bordo abandonaba en el destierro.

A Caboto, el Rey le recomienda que averigüe que fué de aquel Juan Serrano, Piloto de Magallanes, que había quedado desterrado en una isla, para que le rescatara si fuere posible: "tenneys mucho cuidado de saber del y si fuese vivo trabajareys de rescatalle por lo menos que pudieredes e traello eys con vos en la armada". Y cuando firma luego el "Asiento" con Diego García, que como Caboto debe pasar el Estrecho y llegar a las Especierías, aunque como Caboto también desvía

su rumbo y acaba su expedición en el Río de la Plata, se establece una cláusula encomendándole que busque y traiga a los que Magallanes, para asegurar su empresa, dejó desterrados en las trágicas soledades de la Patagonia frente al patíbulo donde se podrían los cuerpos despedazados de sus compañeros de rebeldía: "por quanto en el armada en que fué Hernando de Magallanes a las espaldas de la tierra del Brasil, dicen estas instrucciones, dejaron a Juan de Cartagena e a un clérigo en su compañía, por todas vías, en cualquiera de aquellas partes que tocardeis trabajéis por os informar y saber del, y si allardes rastros trabajéis de los traer de qualquier manera que sea".

Los capitanes, para mantener el orden y la disciplina entre tanta gente allegadiza y altanera, abandonaban así, con harta frecuencia, en las playas y en las islas, a los que mas temían, o a los que mas revolvían la armada con discordias y motines. Por eso, en las "Instrucciones" a Caboto, el Rey le manda que cuando se viere precisado a "dexar algunos de los desterrados" que los abandone "prometiéndoles albricias e perdón de su delito" si al regreso de su expedición, les encuentra y han tomado noticias de lo que hay en la tierra y descubierto alguna cosa de beneficio para la armada: "Si descubrieren algo, dice, de quel armazón reciba beneficio".

Caboto

Antes de que el Rey de España vendiera al de Portugal sus pretendidos derechos sobre las islas de las especias, zarpó la expedición de Caboto, siguiendo la ruta de Magallanes.

Era una expedición de paz, que solo salía a descubrir tierras, contratar amigablemente con los naturales, y llegar hasta las islas Molucas, con la esperanza de encontrar allí a Loaysa con quien debería deliberar sobre si "para el bien de la negociación de la especiería o para otra cosa", decían las "Instrucciones", Caboto debería o no detenerse a socorrerle.

El Rey advierte a Caboto, que su comercio con los indígenas que encuentre en el camino, debe ser "de paz, por vía

de contratación é buenas obras” y de que debe guardarse de hacer “fuerza, ni robo, ni muerte, ni otro daño, ni agravio, ni desaguisado”.

Con estas “Instrucciones” y con este rumbo, sale la expedición de Caboto, en abril de 1526, dejando en tierras de España, un semillero de intrigas y llevando a bordo un infierno de rencillas, de envidias y rencores.

El Rey ha limitado a treinta el número de extranjeros que pueden ir en la armada, no siendo franceses y ha prohibido terminantemente que se embarquen mujeres, “por evitar los daños e inconvenientes que se syguen e cada día acaecen de yr mujeres en semejantes armadas”.

Todo lo preveía el Rey en sus “Instrucciones”. La carga de los navíos para evitar naufragios —que lleven “la manguera descubierta sobre el agua”— y la conciencia de los tripulantes que debían ir confesados y commulgados para estar prontos a morir como cristianos; las señales que se harían entre sí los barcos durante la travesía; el manejo de las velas en la noche y en días de tormentas y temporales; las arribadas forzosas “en caços de vendavales” antes de las Canarias; los cambios de derrotas y los mapas y “Relaciones” que se harían del viaje y de las tierras a descubrir. Y para cuando llegaren a regiones no descubiertas todavía, también las “Instrucciones” prescribían como debían hacerse las ceremonias de tomas de posesión y los rescates con los naturales; el trato que debía dárseles y como debían asentarse en la tierra las fortificaciones y establecerse servicio de espionaje y cuidar del racionamiento de los alimentos y del agua.

También se establecían las precauciones que debían observarse para evitar el incendio en los barcos, donde habría siempre una persona “para evitar el fuego y que no anden con candela syno al tiempo de la necesidad. . . y en sus linternas”; y se prescribía el trato que debía darse a los tripulantes, a quienes Caboto debía considerar “bien e amorosamente e sin rigor”; y por último, las instrucciones precisas para cuando lle-

garen a las codiciadas Molucas y para que cuidaran sobre todo de informarse y de hacer relación de la clase de comercio que podría iniciarse con las nuevas regiones.



Caboto avivó la codicia de sus armadores convenciéndoles de que se proponía iniciar el comercio de España con la “especiería” por la vía del Estrecho de Magallanes. La Edad Media había dejado a los hombres de Occidente, la obsesión del Oriente.

El indumento de los grandes señores medioevales, se decoraba con las pieles finísimas que llegaban desde el norte de Europa; mientras la lana de las ovejas de Inglaterra y el lino de la zona de Constanza, pasaban a manos de hilanderos y tejedores que fabricaban las telas con que se vestía el pueblo. Los paños se teñían de azul oscuro, con unas hierbas de Turingia y la rubia, daba el color escarlata a los paños de Suabia. Francia daba a sus telas diversos matices; en la zona del Alto Rhin, se tejían paños grisados; en el Bajo Rhin, se fabricaban los paños negros para los hábitos monacales; mientras en la región del Danubio se tejían las famosas telas crudas que podían resistir todas las intemperies y las inclemencias del tiempo. Los alsacianos fabricaban un exquisito vino para las iglesias y los conventos; mientras los señores se regalaban con vinos de Chipre o con el malvasia del Peloponeso. Entre tanto, las caravanas árabes traían desde el Oriente las mercaderías y los productos que cargaban después los barcos de las pequeñas repúblicas de Italia, y que deslumbraban y deleitaban los sentidos y excitaban la gula de los hombres de Occidente.

Las sedas fulgurantes, recamadas de oro y plata, con estampadas figuras de monstruos y de plantas extrañas; los tapices para las grandes solemnidades de la Iglesia o de las cortes; las hierbas aromáticas que disputaban a los eclesiás-

ticos, los caballeros y las damas de linaje; las turquesas, los lapislázulis, las cornalinas, las esmeraldas, los rubíes y las perlas, los záfiro y los diamantes que reclamaban los orfebres para adorno y regalo de príncipes y preladados; los perfumes, las drogas y los medicamentos; y por último el clavo y la nuez moscada, el jengibre y la canela y la mostaza, con que se aderezaban no solo las viandas si no también los vinos. Toda esa maravilla, llegaba desde las remotas y legendarias tierras del Oriente.

Carlos V, se hacía aderezar especialmente un vino con hojas de sen fermentadas en el mosto; y guardaba como un tesoro inapreciable, ciertas piedras misteriosas traídas del Oriente, con extrañas virtudes medicinales. Piedras engastadas en oro para restañar la sangre de las heridas; sortijas y brazaletes de pedrería para evitar las dolencias de las tripas; y una piedra azul para aliviar los terribles dolores de la gota, aunque después ocurriera también a las inocentes recetas de su médico y a los preparados inocuos de su boticario.

Y eran esas piedras famosas, para orfebres y médicos de príncipes; esos perfumes para usos litúrgicos y cortesanos; esas telas de seda estampadas en oro y plata y esas famosas especias para aderezo de los copiosos yantares de señores y mercaderes ricos, lo que iban a buscar los barcos de la expedición de Caboto.

Magallanes había encontrado el camino que Elcano había anunciado a España con el puñado de sobrevivientes de la expedición que por primera vez dió la vuelta al mundo pasando por las famosas islas de las Especias; y Caboto llevaba su expedición con rumbo a esas tierras de la especiería y "las otras islas e tierras de Tarsis e Ofir y el Catayo Oriental e Cipango".

El fin de su viaje era el mismo del viaje de Colón.

El Maluco, las Molucas o la Especiería, eran las Molucas del Archipiélago de Malasia, al sur de Filipinas, que los portugueses habían descubierto ya por la ruta de Vasco de Gama y donde sigilosamente cargaban la nuez moscada, el

clavo y el jengibre; el oro, el marfil, la plata, y la rica sedería del Oriente.

El Cipango, era el Japón, que Marco Polo describía como el país del oro, donde decían los relatos de los viajeros, que eran de oro hasta las tejas de las casas.

El Catay, era China donde se decía que reinaba aquel famoso Gran Can que buscaba Colón para convertirle a la fe y concertar luego una nueva Cruzada que conquistara el Santo Sepulcro.

Los países misteriosos de Tarsis y Ofir, eran en la geografía mística de la Edad Media las tierras de donde Salomón llevaba para su templo, las riquísimas maderas, el marfil, el oro, la mirra y los exquisitos perfumes.

Todas estas tierras que Colón afirmaba que daban en los términos y aledaños de sus regiones del Caribe, eran las que ahora aviaban, en su exacta y precisa ubicación geográfica, la sórdida avaricia de los armadores.

Pernambuco

Los hombres de Caboto, van acercándose a las tierras de América. Están muertos de sed. La ración es poca y las "calmerías" del trópico apenas les permiten avanzar.

El agua del mar es espesa y densa. Parece que alentara pausadamente como el pecho de un gigante profundamente dormido.

Por las tardes, en el cielo se amontonan las nubes y se inflan como carrillos y cambian donosamente de colores. A veces se abren y se alejan y forman un paisaje extraño con caminitos azules y árboles rojizos y figuras de monstruos que galopan entre ruinas de ciudades, como en una visión apocalíptica. Pero son quizás, esos caminos azules, que se abren entre el paisaje de nubes iluminadas por el sol poniente, los que hacen pensar a los hombres de a bordo, en las tierras lejanas que dejaron un día y que no saben si volverán a ver. Entonces, en una mano, apoyarían el mentón, el recio men-

tón fieramente barbado, y se quedarían así, con la vista perdida en los horizontes remotos, que con la policromía y la blandura de sus nubes, pondrían un poco de melancolía en aquellas almas recias y curtidas que van atravesando el mar de los trópicos.

Pero llegan por fin a la costa del Brasil, que les sale al encuentro en una visión deslumbrante de color y de vida. La naturaleza les recibe optimista y alegre, con las grandes masas de color, donde los verdes desparraman su esperanza y los cadmios su optimismo de madurez y los violetas su vibración a la sombra de los árboles, mientras las playas luminosas festonean de oro el manto del mar.

Un batel, se desprende con un puñado de hombres que van en busca de algún río dulce o de alguna fuente clara, que les urgé el deseo de beber agua fría, sabrosa y delgada. Pero apenas se han movido en dirección a tierra, cuando se acerca a la nao capitana una canoa india con un cristiano que les saluda y da la bien venida muy pulida y comedidamente en portugués, y les dice su nombre: Jorge Gómez. Y con mucha cortesía, les entera además de que aquella es la factoría de Pernambuco donde él y el Factor, viven con otros compañeros lusitanos.

Los españoles desembarcan y pasan unos días entre aquella gente hospitalaria y gentil.

Es una tierra admirable. Los hombres viven allí libremente y con gran abundancia de alimentos. Hay frutas sabrosas y fuentes cristalinas. Fabrican harina con unas raíces excelentes que llaman mandioca; comen, asadas o cocidas en agua, otras raíces carnosas y agradablemente dulces que llaman batatas; saborean deliciosas calabazas y se alimentan de frixoles y de maíz tostado.

Los naturales, que en ritual ceremonia guerrera, suelen almorzarse los enemigos prisioneros, tienen trato y amiganza con los portugueses de la factoría.

Los indígenas, son hombres de mediana estatura y bien proporcionados; corredores veloces y buenos nadadores; dies-

tros en el uso del arco y de la flecha y esforzados y mañosos en la guerra. En sus fiestas se engalanan con plumas de colores, que la tierra es rica de la mas lucida volateria; y duermen en hamacas de algodón, tejidas donosamente y suspendidas de los árboles.

En las horas de la noche, serenas y perfumadas por las resinas del bosque, Caboto platicaría con los portugueses y discretamente se informaría de la tierra, mientras sus compañeros de aventura se adormecían arrullados por alguna canción india melancólica y dulce.

El Factor y Gómez, exaltaban la tierra.

No había por allí, señores como los mentados príncipes del Oriente que vivían en palacios de oro donde lucían con donoso empaque el atuendo de sus ricos mantos de seda estampada; ni había reyes, alhajados de perlas y pedrería, que pasearan su hastío arrellanados en palanquines, entre jardines y fuentes cantarinas, junto a las estancias adornadas de ricos tapices yuntuosas porcelanas de la China; ni cruzaban por aquellas tierras caravanas de elefantes cargados de oro y marfil; ni zarpaban de aquel menguado puerto, barcos cargados de pimienta y de clavo y canela. Sin embargo, esta era la mejor tierra del mundo, con sus bosques impenetrables, su cielo azul y sus indios desnudos, que en las noches de luna danzaban, en los claros del bosque, con sus coronas de plumas. ,

Y los hombres de la Factoría, agregaban que mas al sur, había un "río de la plata", el mismo por donde había navegado Solís, y donde ellos podrían enriquecerse sin trabajo, si tuvieran humor para andar tanto camino y abandonar aquella factoría que les habían encomendado para vigilar la explotación del palo brasil.

Con estas noticias, Caboto dió orden de zarpar y sus barcos tomaron de nuevo rumbo al sur.

Y lo mismo que en el puerto de Lisboa, los portugueses despedían a los que partían hacia el Oriente por la ruta de Vasco da Gama, deseándoles "boa ventura, muitos rubis e muitas esmeraldas", los portugueses de la factoría de Per-

nambuco, despedían a Caboto deseándole también entre zalemas y cortesías, “boa ventura e muita prata”.

Santa Catalina

Pero Caboto era un viejo marino y como su padre, el veneciano Juan Caboto, fué también marino, desde muy niño se metió con las cosas del mar y antes de asomarle el bozo, le acompañaba en sus viajes y en la exploración al Labrador y la Florida, y cuando aun no había cumplido veintidós años, dicen que ya iba en el comando de una nave.

Los recuerdos mas remotos de su niñez le hablaban del mar y de países de leyendas; de Islas perdidas en la inmensidad del océano donde se pescaban perlas famosas y donde se recogían esmeraldas y diamantes; de regiones inexploradas por los cristianos donde señoreaba otro linaje de señores poderosos y grandes, ataviados con mantos de seda y engalanados con oro y pedrería; y de tierras donde el marfil, la porcelana y las especias, codiciadas por mercaderes y príncipes de occidente, se conseguían sin penuria.

Tenía cuarenta años, cuando persiguiendo el sueño de su padre, buscaba en vano, bajo el frío del norte de América, un paso hacia el Oriente. Había navegado a lo largo de la costa septentrional del continente y había explorado las islas Bahamas, antes de entrar al servicio de España. Era un hombre sagaz y ducho, lleno de enredos y de misterios, que con su aire de viejo rabino, las espaldas brumadas y la larga barba blanca partida en dos, sabía inquirir de las gentes lo que convenía a sus planes sin descubrir jamás los suyos. Era cauteloso y prevenido y con la experiencia que había adquirido en sus viajes y exploraciones, no se dejaría llevar por las primeras noticias que adquirió en Pernambuco, sobre aquel famoso “río de la plata”.

Al llegar al golfo de Santa Catalina, el mar se encabrió bajo el viento desbocado, que en un galope salvaje venía desde las llanuras que después, los criollos de estos pagos, llamaron la pampa.

Los marineros de Caboto habían visto, medrosos, como el sur se nublaba, entre relámpagos y tremolina y como el cielo se oscurecía de pronto como en plena noche entre el bramar del viento indio que hacía crujir la tablazón y vibrar las jarcias. En medio de la oscuridad y de la lluvia, que cae implacable y tenaz, inundando las naves, los tripulantes, sin poder mantenerse en pie, pierden el manejo de las velas. Luis Ramírez, que viene a bordo, y que deja en una carta el relato de la expedición, dice que en la apretura y angustia de ese trance, no solo pasaron congojas los que nunca habían navegado, si no que hasta los marineros envejecidos en los mares, creyeron que la armada se iría a pique: “y aun los diestros marineros experimentados en las tales tormentas, dice, pensaron ser esta la postrera que les atormentara”.

Pero después del espanto y aflicción de la noche, el mar se abonanzó en la mañana azul y limpia. “Que amaneció el día muy claro, dice el mismo Ramírez, con muy buen sol, como si no hubiere pasado nada”. Los barcos, en cambio, desmantelados, deben repararse de inmediato y Caboto ordena tomar puerto.

Los tripulantes, según las naves se van acercando a la costa, divisan unas canoas que salen a su encuentro. Los indios, de pie en los troncos excavados que les sirven de embarcación, reman diestramente con unas largas varas, como palas de panaderos. Vienen hasta cuarenta en cada piragua y así que se han puesto al habla con los hombres de la expedición, quieren anunciarles, entre alaridos y ademanes, que en esas tierras también viven cristianos.

Los hombres de Caboto atisban desde la borda aquella vocinglera embajada india, cuando llega en otra canoa, uno de los anunciados cristianos, sobreviviente de la expedición de Loaysa, que con quince compañeros de una nave que naufragara al entrar al Estrecho, habían determinado, para no correr los riesgos de la expedición por el Pacífico, ni regresar vencidos y abajados a España, asentarse en aquella tierra, donde se habían encontrado con dos sobrevivientes de la expedición de Solís: Enrique Montes y Melchor Ramírez.

Pocos días después, Enrique Montes, llega al puerto donde se reparaban las naves de Caboto, y en sus pláticas, pondera las riquezas de ese ya famoso río de la plata y se ofrece, además, por el conocimiento que tiene de la tierra y de la lengua de los naturales, a guiarles hasta esas regiones donde podrán ver ellos mismos, por sus propios ojos, como se queda corto en sus relatos, pues podrán, dice, cargar sus barcos con toda la plata que quisieren.

Caboto, con cierto aire de incredulidad, sonrío y le muestra sus naves. Son tal vez demasiado grandes para llenarlas.

Con todo, Enrique Montes afirma con un aplomo desconcertante, que no solo podrá cargarlas de oro y plata hasta ponerlas en riesgo de zozobrar, sino que podrán cargar otras mas grandes aún, y hasta flotas con mayor número de barcos, sin que por ello amenguen las riquezas de las tierras que bañan las aguas de ese río.

El lo sabe muy bien. No han pasado en vano los años que ha vivido desterrado en estas apartadas regiones. El ha andado leguas y leguas a través de montes y de llanuras sin fin; ha cruzado ríos caudalosos, los mas caudalosos del mundo; ha aprendido las lenguas indias y sabe, por su trato y conversación con los naturales, de la riqueza que podrán llevar en sus barcos los hombres de Caboto, si acuerdan en que él les guíe y acompañe.

Entrarán por el río de Solís y pasarán luego a otro gran río que llaman Paraná que se vuelca en él, por veintidós grandes y caudalosas bocas; y siguiendo aguas arriba, darán con

los yacimientos de oro y las minas de plata y de otros ricos metales, que ha visto, con sus propios ojos, traer desde esas tierras hasta donde merodean las tribus que con él conviven desde hace tantos años.

En estas razones estaban, cuando llega Melchor Ramírez que confirma la relación de su compañero, y agrega, además, noticias de cierta armada portuguesa que anduvo ya explorando esos ríos.

Pero Caboto, por asegurarse mas de lo que tanto le dicen sobre esas minas famosas, les pide que le lleven una muestra de esos metales, para apreciar por si mismo su valor. Sin embargo, los sobrevivientes de Solís, se excusan pesarosos. Todos los tesoros que ellos habían visto llegar en cierta ocasión, desde aquellas tierras donde se decía que señoreaba un Rey Blanco, vestido y barbado como los españoles, se habían ido al fondo del mar al zozobrar el batel que los llevaba, con una "Relación" de la tierra, a bordo de la nave que haría el viaje a Europa, y solo les habían quedado unas cuentas de oro y plata, que por ser de las primeras que se habían recogido en el Río de la Plata, las guardaban, piadosamente, para enviarlas, en la primera oportunidad que se les presentara, como ex-votos a la Virgen de Guadalupe.

Caboto las tomó en sus manos, y dice Luis Ramírez en su carta, que vió que "las de oro eran muy finas de mas 20 quilates, según pareció".

Montes y su compañero insisten en guiar la expedición hacia el Río de la Plata donde ellos irían con sus mujeres indias y sus hijos mestizos. Pero el Capitán General les contesta, que es otro su camino y muy distinta su misión.

Caboto decide continuar su camino; sin embargo debe construir antes un batel para la nave capitana y como consulta a los sobrevivientes de Solís sobre el lugar mas apropiado para cortar la tablazón que necesita y estos le señalan una costa próxima, manda primero a las dos personas mas capaces y expertas de su tripulación, para que sondeen las aguas y digan si los barcos pueden arribar sin peligro de averías.

Reconocen el canal y tiran la sonda y vuelven a asegurar a Caboto que sus barcos pasan por ahí holgadamente; pero la capitana da en un bajo y vara con gran riesgo de los que la tripulaban.

Vuelven, entonces, a desembarcar en tierras del Brasil y a construir casas para refugio de la gente de las naves mientras Caboto, que decide construir una goleta para marchar al reconocimiento del Río de la Plata, convoca a capitanes y oficiales para imponerles de su propósito.

El debe ir hasta las islas de las Especies. El sabe muy bien que el compromiso que tiene contraído con sus armadores le obliga a pasar de largo por ese río, del que han hablado tanto los náufragos de Solís y los portugueses de Pernambuco, para llegar cuanto antes a las legendarias Islas de Tarsis y Ofir. Pero los relatos de esas riquezas que están casi al alcance de su mano, le quitan el sueño. Ha cavilado largas horas y se ha repetido las palabras que, desde que pisó la tierra del Brasil, ha oído, insinuantes, como un canto de sirena.

Un capitán le reprocha bravamente y le insta a que cumpla lo que tiene pactado con Su Magestad y lo que tiene prometido a los armadores de su expedición.

Entonces Caboto, que no aguanta tutores, le contesta altanero:

—“Siempre sois de voto contrario!” y luego agrega con jactancia y suficiencia:

—“Su Magestad e yo nos entendemos muy bien, e se en lo que tengo de servir!”

Y dicen también que dijo malas cosas de los armadores, que cuando pusieron sus dineros en la armada, murmuraban ya, cicateros y ruines, que los perderían.

El camino de la plata

Mientras dejaba abandonados en la tierra al capitán que se había opuesto al cambio de ruta y a un puñado de rebeldes, Caboto llevaba a bordo a los baquianos que tenían explora-

das estas regiones desde los tiempos de Solís y metía sus barcos por el río.

Caboto, taciturno, seco y duro en el trato con sus hombres, sabía aplicar con rigor las normas de la justicia a usanza de la gente de mar. Mandaba azotar sin piedad al maldiciente o al que hacía injuria al compañero; desorejaba a los ladrones; mandaba chapuzar, dos o tres veces seguidas en el mar o en el río, a los que clandestinamente sustraían el agua o el vino de los barriles de la tripulación y a los reincidentes, les mandaba pasar por debajo de la quilla, atados con un cabo que les tiraba de las manos y les levantaba, medio ahogados y desgarradas las carnes en la tablazón y en los clavos del casco; a los que reñían con armas y herían a sus compañeros, se les clavaban las manos en los palos del barco, con la misma arma que habían usado en la pelea; mientras a los contumaces e incorregibles, se les reservaba la horca en el extremo de las vergas.

Desde la madrugada al atardecer, con su aire triste y austero, discurría, del castillo de avante a la toldilla, inflamada de aventuras su vocación andariega y trashumante y trabajado el ánimo por los pujos de una desembozada ambición ganosa de riquezas.

Pero, mal le recibía el famoso río de la plata. Sus naves, escoradas bajo chubascos y turbonadas, garraban contra la costa o se varaban en los bancos, hasta que otro golpe de viento, les sacaba del aprieto, y les llevaba, dando tumbos, en medio de aquel mar de agua dulce. Luis Ramírez, escribe en su carta refiriéndose a los temporales que sufrieron al embocar el río de la Plata que en todo el viaje no habían pasado tantos trabajos y peligros: "que en todo el viaje, no pasamos tantos trabajos y peligros como en cincuenta leguas que subimos por el".

El 6 de Abril de 1527 ,toman puerto a la margen izquierda del río. La flaqueza y consunción de los tripulantes y el reparo de los barcos, les detienen un mes, libres de las noches hurrañas y ventosas y del espanto de los temporales que

levantan las olas del río y azotan los flancos de las naves; y en este espacio, aparece Francisco del Puerto, el grumete que escapó con vida de la matanza que acabó con Solís y que desde entonces, amigado con los indios, vive entre ellos en buena paz y compañía.

Caboto está, sin duda, intranquilo y desazonado. La tierra es yerma y chata. En vano se buscan por ahí montañas, o piedras preciosas o arenas auríferas. Es una llanura monótona y triste y el agua revuelta y turbia del río, solo deja en la orilla un légamo espeso y gordo.

Pero Francisco del Puerto, también afirma, como los otros baquianos y como los portugueses del Brasil, que es este, en verdad, el río de la plata; y que navegándole, aguas arriba, se llega a las tierras más famosas y ricas del mundo donde abundan los metales.

Caboto navegó entonces, a lo largo del Río de la Plata; remontó el Paraná, se detuvo en la costa quizás a la altura de lo que es hoy Baradero, en la Provincia de Buenos Aires, y siguió hasta el Carcarañá y el Coronda donde fundó el fuerte de Sancti Spíritus, en las tierras que hoy son de Santa Fe, el 9 de junio del año 1521.

Antes de fundar el fuerte, que según el relato de Luis Ramírez, era un "asiento y vna fortaleza arto fuerte para en la tierra", tomó contacto con los indios de la comarca, que de diferentes naciones y lenguas habían venido a ver en que paraba aquel trajinar de los españoles a la orilla del río.

Entre toda esa indiada, había, según el mismo Ramírez, "vna jente del campo que se dizen quirandies".

Eran veloces como los gamos o los avestruces que perseguían a pié con sus boleadoras; vivían de lo que cazaban; y como la tierra que solían cruzar en sus andanzas, era escasa de agua, bebían la sangre de los animales que sacrificaban para su sustento.

Caboto, indaga e interroga a los indios sobre la naturaleza y costumbres de la tierra, por ver si así, cuidando de no despertar sospechas, encuentra el camino que le lleve a la con-

quista del metal de que tanto hablaban los portugueses y los desterrados del Brasil.

Se celebrarían los “parlamentos” a orillas del Coronda o del Carcarañá a la vista de los muros del fuerte que les amparaba con sus “pedreros” listos para disparar desde la empalizada.

Caboto, con los pelos blancos de su barba desparramados sobre el pecho fornido y recio de viejo marino y con su boina negra, que despertaría la risueña curiosidad de los indios, estaría sentado en el suelo, junto a su “lengua”, frente al cacique y a los principales caudillos de la tribu.

Para moverlos mas a la amistad y a las confidencias, había puesto en sus manos, pedazos de vidrio o de trapos de color y había adornado sus cuellos salvajes con sartales y abalorios.

Entonces el cacique, con palabras extrañas que solo el “lenguarás” entendía a medias, hablaba, en lengua distinta del guaraní, de las cosas de la tierra y de las generaciones que la habitaban, entre las que se encontraban indios que en vez de piernas tenían patas de avestruz; y donde se encontraban otras cosas estupendas, que Luis Ramírez se niega a narrar, “por parecer cosa de fábula”, hasta que él mismo pueda verlas por sus ojos y lo pueda contar “como cosa de vista y no de oydas”.

Pero entre todo ese fárrago de incoherencias y de fábulas, hablan también de la gran noticia que quiere confirmar Caboto: de la Sierra de la Plata y del Rey Blanco que en ella señorea y cuyos dominios, dicen, que confinan con un mar.

Estas nuevas, también las confirman otros indios que viven junto a la fortaleza de Caboto, los Timbues, que a pesar de su aspecto fiero, se muestran accesibles y confiados con los cristianos que han sentado sus reales en sus dominios.

Tienen las narices, las orejas y los labios fieramente horadados; y se mutilan los dedos en señal de duelo a la muerte de sus parientes.

Algunas tribus siembran un poco de maní y calabazas y

una especie de habas; otras en cambio solo comen la carne que consiguen en sus cacerías o el pescado que logran en los ríos con sus flechas o con sus aparejos y redes de fibras vegetales.

Pero entre toda esa gente extraña que llega a admirar la fortaleza de Caboto, con su gran torre y sus soldados armados de arcabuces y picas, vienen también los guaraníes que hablan la misma lengua de los indios del Brasil y que andan desparramados por alguna islas del Paraná, como "corsarios", dice Luis Ramírez, por que son enemigos de todas las otras tribus y en sus andanzas guerreras han llegado a señorear la tierra que confina con la Sierra de la Plata y con los dominios del famoso Rey Blanco, de donde traen el oro y la plata. "Traen, dice Luis Ramírez, mucho metal de oro y plata en muchas planchas y orejeras".

Caboto, movido por todos estos relatos, que coinciden con los de la costa del Brasil, remonta el Paraná y en las inmediaciones de Itatí, ve ratificadas sus esperanzas en la fabulosa riqueza de la tierra. Los indios que en aquellas regiones le proveen de alimento, adornan, también sus orejas y sus cuellos, con pedazos de plata; pero para no despertar las sospechas de los naturales, contiene la codicia de sus hombres, y manda al grumete de Solís que indague y sonsaque el rumbo del camino que le lleve a las minas, para llegar, holgada y tranquilamente, al fin y remate de tan singular aventura.

El viejo grumete, experto en la lengua y en el trato de los indios, trae noticias concretas. El oro y la plata, que Caboto ve en los adornos de esos indios, viene de otras tribus que tienen su asiento sesenta o setenta leguas, el Paraguay arriba, y que lo traen con sus mujeres y sus niños, de la famosa Sierra de la Plata. Pero cuando Caboto se dispone a remontar el Paraguay, llega la noticia, de que han entrado por el Paraná otros barcos que siguen su mismo camino y que el supone portugueses. La expedición cambia su rumbo y vuelve, aguas abajo, en procura de las naves intrusas, que vienen comandadas no por capitanes del rey de Portugal, sino por

Diego García, español, que como Caboto había zarpado de España, anunciando un viaje a las Molucas.

Los dos pilotos se ponen al habla, discuten sus derechos y alegan prerrogativas, hasta que regresan ambos a Sancti Spiritus para concertar en buena aparcería, la conquista de los tesoros que les desvelan, mientras en España, los armadores aguardan sus noticias desde el lejano Oriente.

Diego García, que había estado antes en el río de la Plata con la expedición de Solís, en los días tediosos de navegación aguas abajo del Paraná, anchuroso y calmo, recordaría, quizás, ese desventurado viaje, para discutir a Caboto mas adelante, sus títulos y derechos a los tesoros que esperaban encontrar.

En la fortaleza del Carcarañá, frente a la anchura de los horizontes, se examinan planes y toman pareceres, y vuelven luego, los dos pilotos, a remontar el Paraná en busca de las minas.

Caboto y García, en una contenida ansiedad, van atalayando el paisaje, mientras la brisa mañanera riza el agua turbia y densa del río decorado por un galón rutilante de sol. Entre los madrugones palpitantes de luz y los atardeceres ensombrecidos de presagios, van con el mirar suspenso y alejado, como perdido en las remotas y dilatadas regiones que adivina y descubre, detras de los horizontes abiertos, su imaginera y terca voluntad.

Pero la expedición se interrumpe de pronto y se quiebran para siempre las esperanzas y los ensueños. Mientras los pilotos, con sus naves, subían el Paraná, los indios asaltan el Fuerte y diezman a sus hombres; y Caboto y García, vuelven las proas en un viaje de regreso, entre recriminaciones y disputas.

Con las manos vacías, llegan a España, cada uno por su lado. A Caboto, desbaratado y maltrecho, los armadores le reclaman sus caudales desvanecidos por aquel absurdo cambio de ruta; los letrados le acosan desde la maraña de los códigos; los tripulantes que le acompañaron y hasta sus allega-

dos, se les vienen encima con reclamaciones y litigios; y así, viejo, con su aire de rabino —las espaldas brumadas y la larga barba blanca partida en dos— se vuelve a Inglaterra.

Pero antes, le ha dejado a España, la herencia inquietante del Río de la Plata.

Caboto, desde el Río de la Plata, había marcado el rumbo hacia los dominios del Inca, antes de que encontrara su camino por el lado del Pacífico, Francisco Pizarro.

Los informes que Caboto daba en España y los que ampliaban los relatos de la carta de Luis Ramírez, eran ratificados por los de Diego García, el obstinado viajero del Río de la Plata.

Diego García conocía muy bien estas tierras. En la “Memoria” de su último viaje, da cuenta y razón de todas las tribus que encuentra a lo largo del Río de la Plata y del Paraná hasta el Paraguay. Sabe de sus usos y costumbres; conoce los pescadores y los que siembran la tierra; los enemigos y los amigos de los cristianos; y en su trato y conversación con los naturales, ha averiguado, también, el rumbo del camino que lleva a la conquista de la plata: “Estas generaciones, dice, dan nuevas deste Paraguay que en el hay mucho oro y plata e grandes riquezas e piedras preciosas”.

Los sobrevivientes de la expedición de Solís que llegaron a España, solo habían podido cargar en las tierras de Indias, sesenta y seis cueros de lobos marinos y quinientos quince quintales de palo brasil y una esclava del piloto Torres que fué avaluada en veinte ducados, mientras todo el cargamento de cuero, que fué según Madero, el primer producto de exportación, se tasaba solamente en seis.

Caboto, llevó una onza de plata y unas orejeras y lunas de metal, que no pesaban mas de una libra; y Diego García solo pudo exhibir como prueba de sus andanzas en el país de

la plata, una pequeña muestra del metal que daba su nombre a estas tierras de desolación y de muerte.

Pero García, no solo trae el relato recogido entre los indios y una pequeña muestra de plata como Caboto, si no que además agrega que un hombre de los suyos que quedó años antes en el Río de la Plata, náufrago de una carabela perdida, “fué por tierra deste río del Paraguay e truxo dos o tres arrobas de plata, dice, e la dio a los indios y cristianos questavan en aquella tierra”.

Solís había descubierto el Río; Caboto y García le exploraron y llevaron a España el eco de su grandeza cuando todavía se soñaba con las Islas de las Especies que quedaban “a espaldas de la tierra”; pero fueron las expediciones portuguesas, como la de Martim Affonso de Sousa, que merodeó por el Río de la Plata y exploró el Delta del Paraná, las que decidieron a España a emprender seriamente su conquista amenazada por la Corona de Portugal.

Cuando en 1529, Carlos V, en virtud del tratado de Zaragoza, vende a Portugal las Molucas y se desvanece así para España, el sueño de las Especierías, una columna de humo se levantaba entre las ruinas del Fuerte que construyó Caboto junto al Carcarañá.

España no volverá, a pensar en las Especierías. Sin embargo, en esta tierra inhospitalaria y salvaje, entre las cenizas de ese Fuerte que levantó la burlada codicia de Caboto, se conservará una ilusión fecunda y una esperanza eterna: el Río de la Plata.

El Río de la Plata

En vano no habían cantado las veinte bocas del Paraná la canción india, engañosa y dulce, que escucharon los hombres de Caboto a lo largo del Brasil, ni el Río de la Plata había abierto su regazo al borde del Atlántico, cuando los hombres alucinados por las especies, pasaban de largo por la ruta de Magallanes hasta las “espaldas de la tierra”.

Solís le había bautizado con su sangre cristiana y Caboto, en medio de sus descalabros y penurias, había levantado su famosa "torre", en Sancti Spiritus que fué el primer palenque de la conquista.

Luis Ramírez, el que narra en su larga epístola las andanzas de la expedición de Caboto, es el primero que describe el Río de la Plata.

"Este Río es muy cabdaloso tiene de boca XXV leguas largas", dice. Y luego describe las tormentas y los pamperos, y el riesgo de los bancos de arena en los canales del río; y entre penurias de hambres y desnudeces, da gracias a Dios que les ha permitido descubrir una tierra tan rica como esta, aunque pide que se le mande de España todo lo que no puede procurarse en estas soledades: queso, tocino, aceite, vino, y sobre todo ropas, que anda poco menos que desnudo y no faltará mucho para que sea semejante a los indios en el vestir, lo dice textualmente, por que entre los naufragios y las humedades de la tierra, toda su indumento se le "a acabado de pudrir".

Pide y recomienda que todo eso se le mande con premura, lo mas pronto que se le pudiere mandar y que sea bien dispuesto en cajas y en vasijas, que él después lo pagará todo como lo espera; aunque bien hubiera podido pagarlo cumplida y espléndidamente, dice, si el Capitán General les hubiera permitido salir en busca de tanta riqueza como se esconde en esta tierra. Y luego entre cumplidos y besamanos y memorias a sus deudos, capellanes y amigos, asegura que esta es región "muy sana y de mucho fruto".

Pero además, Luis Ramírez, comunica una nueva que en la época en que lo hace no despertaría mucho interés: han sembrado los primeros trigos de esta América y han sazonado en una magnífica cosecha, que no sólo crece como en las mejores tierras de pan llevar, si no que dá dos veces al año; y esto lo cuenta porque parece, según sus palabras, "cosas misteriosa".

Después, Oviedo, el Primer Cronista de Indias, que tuvo

trato y conversación con marineros y capitanes y cosmógrafos que habían visto y navegado el Río de la Plata, afirma que “la pintura e assiento deste río es una de las mas notables cosas del universo”.

Oviedo escribe después de los desastres de Solís, de Caboto y de Mendoza, “que tan mal librados, dice, han sydo los unos como los otros en estos sus principios, mal principiados e peor efectuados”.

Relata las miserias y las hambrunas de los explotadores, los fracasos de sus vanos sueños de plata, la barbarie de los indios y el encono de sus guerras.

Pero Oviedo, como los hombres de su tiempo, sin saber por qué, tiene puestas sus esperanzas en el río salvaje y terrible, que los llama con sus leyendas mientras esconde, no se sabe dónde, sus tesoros.

“Pero no se pierde la esperança en lo de adelante, dice, porque está aquel río muy a propósito de las cosas e secretos de la Mar del Sur”.

Y es que esto fué el Río de la Plata para los conquistadores y para España: “una esperanza en lo de adelante”.

BUENOS AIRES

Los bastimentos

En los primeros días de la travesía, solían andar más o menos bien las cosas de a bordo. Los tripulantes, logrando las bonanzas, desmañadamente, sin lejías ni coladas, lavaban, en el agua del mar, los trapos de narices, los sudaderos de cuello y las camisas y paños de tocar, que tendían luego al sol, de palo a palo. Sin embargo, a pesar de las prohibiciones de las Reales Ordenes y de las advertencias y admoniciones de los capitanes, a poco andar, los marineros, jugaban a popa sus escasos dineros y hasta las prendas y al fiado y crédito, cuando el dinero se acababa; que siempre iban a bordo, entre tanta gente

allegadiza, tripulantes que en sus correrías por todos los mares y puertos del mundo, se habían adiestrado entre alemanes y borgoñones, genoveses y gallegos y moriscos, y toda la taifa de la tahurería, en el “triumfo” francés, en el “ganapierde” romano, en el “tres, dos y as” boloñés, y en el amaño de los dados plomados y de los naipes barajados con fullería.

Al subir a bordo, era menester ir prevenido, no sólo contra los jugadores, sino también, contra los males del mar.

Los físicos y protomédicos, que se jactaban de haber desentrañado las causas de las dolencias que provoca la navegación, mandaban que antes de embarcarse, se limpiaran las tripas y el estómago, con miel rosada, o miel alejandrina, o cañafistula, o alguna “píldora bendita”, porque los estómagos repletos de malos humores, no llevan bien las andanzas y los trajines marítimos. Pero en cuanto el mar se alteraba y se ponía grueso y el barco empezaba a dar tumbos y a crujir con todas sus tablas y a quejarse con todas sus cuerdas, a pesar de las mieles y de las píldoras, los tripulantes se tiraban al suelo, con grandes lamentos y desmayos, haciendo arcadas y revesando el estómago, mientras los marinos viejos, entre bromas y veras, aseguraban a los mareados, que para evitar las desazones de la navegación, es necesario, antes de embarcarse, oler durante algunos días, un poco de agua de mar, cerrando los ojos, o estarse quedo durante la tormenta con un papel de azafrán sobre el corazón; aunque los capitanes juraban que el único remedio era andar con los estómagos vacíos.

Pero el consejo de los capitanes ya se cumpliría más adelante, y no por preceptos higiénicos, cuando los bastimentos empezaran a escasear y a podrirse en el bochorno de los trópicos.

Los calderos de habas y garbanzos condimentados con aceite o las minestras de arroz del medio día, no alcanzaban para colmar las escudillas de palo de la tripulación; el bizcocho hecho polvo se aderezaba con un poco de aceite rancio, en una sopa que llamaban “mazamorra”; y mientras el pan se endurecía y olía a ratones y cucarachas, la humedad de los pañoles

amohosaba la galleta y las menestras fermentaban en las barricas. Todo lo que se comía, tenía un gusto agrio y un hedor insoportable y fuerte.

La ración de agua escaseaba y lo poco que se bebía era tan malo, que sólo podía tragarse en el apremio de la sed desesperante de los trópicos. Era un agua turbia, revuelta, casi densa como un jarabe, llena de larvas como el agua de los pantanos y de las charcas.

Algunos tripulantes con la penuria de los alimentos y la escasez del agua, ulceradas las piernas y llagados los pies, se arrastraban, maldicientes, alucinados y delirantes, por los entrepuentes, con la lengua tímica en una babaza incontenible, mientras otros, mostraban las tonsuras de los eczemas, o los bordes escoriados de sus manos sarnosas.

Era esa la hora de las blasfemias y de las promesas. Renegaban de Dios y de la hora en que nacieron; o levantaban los ojos al cielo, y con sus llagas y dolores y miserias, ofrecían romerías, penitencias, cilicios y ayunos, y hasta hacían promesa de vestir el hábito de alguna Orden de estricta observancia si escapaban con vida de esas apreturas.

Pero los barcos que enfilaban hacia el Río de la Plata, encontraban siempre refrigerio en la abastanza y fertilidad de las costas del Brasil.

En 1515, cuando Solís llega a la bahía de Santos, un bachiller portugués que había trocado el comercio de las letras por el tráfico de esclavos, abastecía los barcos de aventureros y piratas, que llegaban a sus dominios. En 1526, Caboto, que viene apremiado por el hambre, se provee en la factoría portuguesa de Pernambuco, de abundante maíz, de calabazas y frijoles, habas, gallinas y papagayos, “muy buenos y en mucha cantidad”, dice Luis Ramírez; y en lo que es hoy Santa Catalina, Enrique Montes, el náufrago de la expedición de Solís, les reabastece de venados, gallinas, patos, maíz, cestas de batata y mandioca, ostras, perdicés, y calabazas colmadas de miel; Diego García, poco después de Caboto, carga en Santos abundantes provisiones; y el bachiller portugués que

vive allí como un sultán en su serrallo indio, le hace una carta de fletamento por ochocientos esclavos, que llevarán a España en la nao grande que, por su calado, quedará en la boca del Río de la Plata, mientras el resto de la expedición remonte el Paraná en busca de las famosas Sierras del “Rey Blanco”. Por eso, cuando Caboto y Diego García, determinan regresar después del fracaso de sus exploraciones, resuelven ir antes al Brasil “a tomar vituallas”, dicen, porque saben que allí podrán abastecer cumplidamente sus naves sin temor de las grangerías y fraudes con los que en España, los factores o asentistas de provisiones, agravaban el problema de los bastimentos de las naves.

La ruta del Estrecho

Mientras Caboto, seducido por los relatos que corrían en las costas del Brasil, torcía su derrota hacia el Río de la Plata, en el puerto de Sevilla se ponía gran diligencia en el avío de otra armada que zarparía con rumbo a las Molucas, al mando de un Gentilhombre del hábito de Santiago, don Simón de Alcazaba, que por su destreza y pericia en las cosas de la mar, había hecho “Asiento” con el Emperador, confiado en triunfar donde otros solo habían recibido reveses y quebrantos.

Entre tanto, la venta que Carlos V hiciera de sus derechos sobre las islas del Maluco, modificó el destino de la armada; y Alcazaba salió de Sevilla, con la misión de poblar doscientas leguas de las tierras que caían hacia el sur de los dominios de Almagro, en la costa del Pacífico.

Doscientos cincuenta hombres van a bordo de dos naves, con el propósito de llegar al fin de su viaje, sin detenerse en vanas exploraciones de las tierras que encontraren al paso, sufriendo heroicamente la larga travesía en la que no se espera socorro ni refresco de nadie, mientras el temperamento de los trópicos, quebranta la salud en medio de las calmas que dilatan la navegación, pudren y acaban el agua, y corrompen el alimento, entre pestilencias y muertes, aunque, para evitar epi-

demias, se rieguen con vinagre y se sahumen los entrepuentes; que mal puede ir la tripulación vigorosa y sana si no se le da alimentos y bebidas abundantes y frescas.

La expedición de Alcazaba que iba en manos expertas y avezadas en largas travesías, a pesar del hambre y de la sed, pasa sorda a los reclamos del Río de la Plata; bordea la costa patagónica, inhospitalaria y arisca; desafía las noches lóbregas del sur y las cerrazones y neblinas y las recias turbonadas que apenas daban espacio a aferrar los aparejos; y se mete con gran riesgo por la boca del Estrecho y le cruza entre la doble fila de gigantes de piedra ensabanados de nieve. Sale al Pacífico venciendo la terquedad de los vientos del oeste que engrosan furiosamente el mar; gana la costa en busca de abrigo cuidando de salvar los escombros de piedra que arrastran los ríos en sus avenidas y que forman las traicioneras barras; salvan con destreza los bajos anunciados por los herbazales que asoman en medio del agua; y con la sonda en la mano, los tripulantes, famélicos y ateridos, van tocando los fondos cada vez más peligrosos con sus restingas y sus escollos bajo un cielo acelajado y hosco que de pronto larga una llovizna persistente y fría, o una nevada entre ráfagas de viento que azotan el mar al escapar, ululantes y fieras, entre las quebradas de las montañas.

Pero en medio de esos hielos y de esas tormentas, en un paisaje apocalíptico de montañas yermas, de cielos aborrecidos y de mares embravecidos, estalla el motín que acaba y desbarata todas estas desventuradas aventuras. Los conquistadores corriendo como espectros, entre las montañas y entre las rocas, se persiguen y matan a traición mientras un puñado de hombres vaga alucinado de un lado a otro discutiendo con el Piloto y los Capitanes que se empeñan, tenaces, en reconocer los nuevos dominios tomando rumbos con la aguja, calculando alturas con el astrolabio, y trazando rutas fantásticas en la carta.

Mientras tanto, entre el hielo y la nieve, ateridos de frío, en sus harapos, comiendo sólo un pedazo de carne de lobo ma-

rino y bebiendo, a veces, un trago de vino agrio, Alcazaba, acaudilla y junta a los hombres que le quedan y se hace jurar gobernador de aquellas trágicas soledades; pero bien pronto se arma un nuevo motín y le asesinan en las horas de la noche.

Los amotinados se apoderan de las naves; gritan, desafiados, que saldrán por todos los mares del mundo “a robar a toda ropa”, pero como entre ellos mismos, se acosan y persiguen luego, los capitanes consiguen dominarles y quitarles el gobierno de las naves, ahorcando a unos en las gavias y abandonando a otros a la hora de zarpar.

Como de una pesadilla escapan de aquellas trágicas soledades; pasan de nuevo el Estrecho; remontan la costa patagónica; pasan otra vez frente a la desembocadura del Río de la Plata y llegan al Brasil, donde los indios les diezman; y cuando el Capitán Moris, que les acaudilla, despliega nuevamente las velas con rumbo hacia el Caribe, donde le espera la cárcel, no se cuentan veinte hombres entre los sobrevivientes de la famosa expedición de Alcazaba.

Pero mientras los barcos de España, se desbaratan y acaban en el empeño de afianzar el tráfico y comercio por el Estrecho, los portugueses exploran furtivamente el Río de la Plata.

Mendoza

Mientras los restos de la expedición de Alcazaba navegaban rotos y deshechos por el Atlántico, como una visión de pesadilla, se preparaba en España, por fin, la conquista del Río de la Plata.

Ahora no vendría a explorarle un piloto con cuadrantes y astrolabios, para regresar, si es que regresaba, ponderando su “pintura” y repitiendo las cosas que de él se decían en las factorías portuguesas del Brasil. Ahora vendría un militar experto, con buenas tropas adiestradas en la guerra y con las mejores armas que se usaban en la época.

Todo estaba previsto y calculado para asegurar el éxito

de la conquista; la artillería y los infantes y la gente de a caballo; y los Capitanes y la gente principal de la armada, alardeaban de pasados lances de guerra y se engallaban divagando sobre sus linajes y sobre la pureza de su sangre.

Hasta el tiempo apropiado para zarpar de Sevilla se estudió con calma y se tuvo en cuenta la experiencia de los que habían hecho esa travesía otras veces y que por su conocimiento de las tierras que ahora iban a conquistar, aconsejaban que se hicieran zarpar los barcos de España, cuando entrara el verano en el Río de la Plata.

Y don Pedro de Mendoza, Gentilhombre y Criado del Emperador con quien había firmado una Capitulación para “conquistar y poblar las tierras y provincias que hay en el río de Solís que llaman de la Plata”, zarpó con su armada el 24 de Agosto de 1535 del famoso puerto de Sanlúcar de Barrameda.

La expedición de don Pedro de Mendoza es la primera que se hace desde España con el fin concreto de conquistar el Río de la Plata. La “Capitulación” establece expresamente su destino, a pesar de las protestas y reclamaciones de Portugal.

Mil hombres se ha comprometido Mendoza a llevar a su costa en dos viajes. En el primero llevará quinientos, con el mantenimiento que se necesita para un año y además llevará cien caballos y yeguas, y dos años después embarcará el resto de su ejército con igual bastimento.

Pero en aquellos años Pizarro había conquistado el Perú y una muestra de los tesoros del Inca, exhibidos en la Casa de la Contratación, deslumbraba y despertaba la codicia de aventureros y soldados.

Desde las atarazanas de Sevilla hasta los mas apartados rincones de España solo se hablaba de los fantásticos yaci-

mientos de oro y de las minas de plâta de las Indias. Por eso cuando Mendoza alistó sus barcos y enganchó su gente, formó un lucido ejército de más de mil hombres con los que “entra-
ría” por el Río de la Plata y “calaría” la tierra hasta la Mar del Sur, para señorear doscientas leguas de costa, desde los límites de la gobernación de Almagro hasta el Estrecho que descubriera Magallanes.

Era una verdadera expedición de conquista.

El Primer Adelantado venía con un salario de dos mil ducados de oro al año y otros dos mil más de ayuda de costas; para la “guarda y pacificación” de los naturales se le permitía levantar tres castillos de piedra y se le señalaba además, otro salario de diez mil maravedíes, mas cincuenta mil para ayuda de costas, anuales, por cada uno de los castillos que levantara; y cuando el Rey estuviera informado de la naturaleza de la tierra se le darían diez mil vasallos, con el título de Conde.

Pero la Capitulación, no sólo hablaba de los castillos que se levantarían en el Río de la Plata y de los condados que se crearían en las regiones que Mendoza salía a conquistar; también consideraba el destino que habría de dársele a los tesoros de oro y plata y piedras preciosas y perlas, de los Príncipes y Señores de la tierra, prisioneros de guerra o muertos en batallas campales o “en vías de justicia”.

Así subió a bordo de la nao “Magdalena”, la capitana de la expedición, el Primer Adelantado del Río de la Plata.

*
* *
*

La historia de la travesía fué, sin embargo, la misma historia de siempre: sed, hambre, motines, intrigas, deslealtades; alardes de arrojo y valentía de algunos hidalgos; infamias y desvergüenzas y codicias de otros; desbordadas ambiciones de riqueza y de mando en unos; desprendimientos y abnegaciones en otros.

Y siguieron por el mar, unos días, con riesgos de naufra-

gios entre tormentas y vendavales, y otros, monótonamente interminables, como si fueran a quedarse para siempre, flotando en el mar de aceite de las desesperantes calmerías del trópico.

Don Pedro de Mendoza, con sus bubas y diviesos, con su gesto huraño y arisco, venía doliente, encerrado en su cámara. Tenía el ceño duro, el rostro afilado, las mejillas sumidas y la piel exangue y pálida. Y mientras renegaba de sus andanzas galantes que así le traían postrado, a bordo se tejía el enredo de intrigas y villanías que remató en las playas del Brasil con la muerte de Osorio.

Y la escuadra llegó al Río de la Plata, en pleno verano, como lo quisieron al partir de España.

Con Don Pedro de Mendoza, se acabaron las exploraciones comandadas por marinos y cosmógrafos y tripuladas por gente bisoña en el arte de la guerra. Con el Primer Adelantado, venían al Río de la Plata, soldados aguerridos y fogueados en los más lucidos ejércitos de Europa; y junto a los capitanes de España, que bravoneaban con sus mentados lances y que aguaitaban la hora de dar brillo a su nombre en hazañas descomunales y nunca vistas, venían también los cautos y astutos mercaderes alemanes.

Ya habían empezado a poner sus esperanzas en las Indias de occidente, los anseáticos de Novgorod, de Colonia, de Amberes, de fachas enérgicas, cuadradas y recias, de boca imperiosa y de mirar acerado; los viejos mercaderes con grotescas verrugas en los nasos carnosos, como los burgueses que pintaron Holbein y Durero, de piel arrugada y bermeja y labios resecos y sumidos en la boca sin dientes, abrumados bajo las amplias pellizas o finchados en sus trajes negros con mangas de brocado; y los cambistas que pesan en las balanzas, monedas deslumbrantes de oro, como en las tablas de los pintores alemanes del siglo XVI, con el pulcro ademán de sus dedos largos y finos, bajo la mirada apacible de la mujer, tocada de blanco, que levanta y sostiene suavemente en el aire la hoja de un grueso

libro de asientos, entre los armarios y alacenas de la tienda, atiborrados de infolios y mamotretos.

Los Welser, banqueros de fuertes recursos y animadores de grandes empresas, que habían contribuído a la conquista de Venezuela, y los Neihart, respetables vecinos de Nuremberg, habían hecho ya sus tratos para intentar un lucrativo comercio en el Río de la Plata que salía a conquistar Don Pedro de Mendoza y que ellos calculaban dominar con sus astucias de mercaderes y de banqueros. Y mientras Erasmo Schetz, trafica con sus barcos en la costa del Brasil bajo el control de Juan Von Hielst, su factor en Lisboa y de Pedro Rossel, flamenco, encargado de su factoría en el puerto brasileño de San Vicente, al zarpar la expedición de Mendoza, del puerto de Cádiz, se alista en su flota el navío de Sebastián Neihart y de Jacobo Welser, al mando del factor Enrique Painem, cargado de mercaderías y tripulado por alemanes.

Mendoza, viene con alguna gente conocedora ya del Río de la Plata. Por Real Cédula se le había autorizado a enrolar a los que habían sido tripulantes de la expedición de Caboto y que quisieran regresar a estas tierras. Le acompañan el bachiller Gonzalo de Acosta; Melchor Ramírez, acompañante de Solís; Juan de Junco que viene como Regidor, y otros baquianos, que a pesar de pasados reveses tienen aun puestas sus esperanzas en estas ariscas llanuras.

Un portugués, Alejo García, en una hazaña estupenda había cruzado los montes impenetrables y los ríos más grandes del mundo, hasta llegar antes que don Francisco Pizarro, a los dominios del famoso Rey Blanco; pero había muerto a mano de los indios, en su regreso, cargado de un deslumbrante botín, a la costa del Atlántico. Otro portugués, Pedro Lopes de Souza, que había reconocido el Río de la Plata, afirmaba que esta era la tierra más hermosa y apacible que se había imaginado ver: “a terra mais fermosa e aprasivel que eu jamais cuidei de ver”; y agregaba, recordando la amenidad y hermosura de las frondosas islas del Delta del Paraná, y los dilatados y trémulos pastizales de la pampa, que no habría un

hombre que se hartara de admirar la hermosura de esos campos: “nam havia homen que se fartasse d’ olhar os campos é a fermosura delles”.

Pero lo que en verdad había inquietado al Rey de España, era la noticia que le llegara confidencialmente de su embajador en Lisboa, sobre cierta expedición que Portugal preparaba, al mando del portugués Acuña, que “con gente de a caballo”, saldría del Brasil a la conquista de la Sierra de la Plata.

Y Don Pedro de Mendoza, zarpó, entonces, para defender los derechos de su Rey y sujetarle esta tierra, no sólo con la máquina de su artillería, sino, también, “con gente de a caballo”, sin sospechar, siquiera, que estos caballos de su expedición, más que para una conquista cruenta, venían para dejar la semilla de una nueva riqueza.

La fundación

Comenzaba el mes de Febrero del año 1536, cuando don Pedro de Mendoza fundaba Buenos Aires a la margen derecha del Río de la Plata, donde para “guarda y pacificación” de la tierra levantaría tres castillos de piedra.

Con todo, ya le habían dicho los sobrevivientes de Caboto que con él venían, que en aquellas soledades no encontraría piedras para sus castillos.

Una llanura inmensa, baja y monótona, se estiraba desde la lejanía de los horizontes y se venía agazapada entre el pastizal y las cortaderas, hasta meter el hocico de “toscas” en el agua fresca del río. A veces parecía que en medio del sopor de las siestas, intentaba, perezosamente, un cambio de postura levantando el hombro de las barrancas, bayas de greda y arena. Pero se quedaba ahí no más. Siempre echada largo a largo. Siempre igual, desde cualquier punto que se la mirara.

Pero aquella tierra desparramada y abierta, mas parecía en acecho que dormida. Y cuando las nubes se amontonaban hacia el sur y después se venía bramando el viento hacia el

norte, la tierra se ponía torva y salvaje, y no se sabía si las nubes se venían abajo o si era el mismo suelo, que, ululante y fiero, se agitaba y corcoveaba y bufaba como un potro.

*

*

En los primeros días, los conquistadores se refugiaban en los barcos, que pasaban la noche al ancla, lejos de los bancos de arena, en cualquier sitio en que el escandallo revelara fango, para evitar los riesgos de los varaderos; que no en vano al Río de la Plata, durante mucho tiempo, los navegantes le llamaron “el infierno de los marineros”, por sus tormentas y por sus bancos.

Empezaron, luego, a edificar el “real”. Una zanja, una empalizada y un muro de tierra que, como un presagio, se desmoronaba todos los días.

La población estaba en lo más alto de la costa. Era un puñado de ranchos alrededor de la casa del Adelantado; los techos de paja, las paredes revocadas en barro, que se agrietaba al secarse, y la misma tierra del suelo, apretada y endurecida en el diario trajinar de las botas, era el lecho húmedo y frío donde dormían los soldados, entre cueros y pajas y alguna manta raída.

Don Pedro de Mendoza, más hurraño y agrio por el gálico y los remordimientos y la miseria que ya iba ahogándole, mandó a su gente a que explorara y reconociera sus dominios. El primero en salir fué un portugués, baquiano viejo de estos pagos, que se llamaba Gonzalo de Acosta. Salió con veinte hombres a reconocer las islas del Delta y a buscar los alimentos que ya escaseaban en el “real”. Iba braveando y diciendo mucho de las costumbres y usos de las tribus y de los caminos y atajos que se podían seguir para alcanzar sin riesgo lo que buscaban. Sin embargo, al cabo de poco, regresó hambriento y descabalado por los indios.

Las hambrunas

Caboto, había fundado Sancti Spiritus en un suelo abundante de alimentos, entre el Carcarañá y el Coronda, brazo caudaloso del Paraná.

Era una tierra rasa y casi sin árboles. En la llanura inmensa, el avestruz, sobre los zancos de sus patas recias, paseaba con necio empaque, en grupos de familia, el pescuezo estirado y largo como una serpiente, hasta que de pronto echaba a correr haciendo gambetas y agitando desesperadamente los alones que abrían el abanico de sus plumas largas y blandas, en un vano intento de vuelo.

Después, las llamas, aparecían en tropillas, el pescuezo erguido, las orejas alertas, el hocico en alto, la mirada curiosa y expectante; y los conquistadores discutían si aquellos animales extraños eran mulas con pescuezo de camello, aunque al verles de cerca, la lana fina y suave, otros afirmaban que eran sólo las ovejas gigantes de la tierra.

Los ciervos bajaban a abrevarse a orillas del río, con sus cabezas arboladas, mientras los venados y las gamas corrían y brincaban en el campo abierto y los carpinchos zambullían entre los camalotes de las islas.

A la caída del sol y en las noches de luna, las vizcachas hacían sus ruidosas tertulias sentadas a la puerta de sus cuevas; y por el cielo del amanecer o de la sobretarde, cruzaban las bandadas de patos, en formaciones militares, hacia los bañados próximos o hacia los "dormideros".

En el río había peces exquisitos. Los conquistadores les admiraron en las manos expertas de los indios. Unos parecían grandes fuentes de oro; otros alargados y finos parecían un puñal damasquinado; otros parecían troncos de árboles salpicados de manchas negras... Y todas tenían una carne deliciosa, que condimentaban, a falta de sal, con las cenizas de ciertas hierbas que usaban en la tierra.

Pero la caza y la pesca, era un problema que no sabían

resolver los hombres que remontaban el río en busca de plata y oro.

Para sus cacerías, mal podrían usar el pesado armamento de guerra; y la pesca, sólo era posible si se sabía, como los indios, cuándo debía pescarse en los bañados, o en medio río, o en los remansos, y cuando en las horas de la mañana, o de la tarde, o de la noche; y manejando con destreza, las redes tejidas con fibras vegetales, o los dardos que “fijaban” el pescado “a flor agua”.

Por eso, cuando Caboto buscaba, afanoso, el camino de la plata, remontando el Paraná, se moría de hambre en medio río, e iba de isla en isla cazando alimañas y recogiendo hierbas, hasta que llegan, de ciertas tribus amigas, las canoas bien abastecidas, que, dice Luis Ramírez, “aunque vinieran cargadas de oro e piedras preciosas, no fueran tan bien recibidas”.

La penuria del sustento en el Río de la Plata, fué la trágica obsesión de los conquistadores; por eso cuando Mendoza funda Buenos Aires, bien pronto le apremian las hambrunas y le obligan a mandar una nave hasta la costa del Brasil en procura de alimentos.



En los primeros tiempos de Buenos Aires, cuando las tribus vecinas se revelan y le niegan las provisiones de pesca y caza, salen los Capitanes en la desesperada búsqueda de otras “generaciones”, que por las buenas o las malas les den de comer; pero los indios son ariscos y bravos y les obligan, como a aquel Juan Pavón, a volver al “real”, con las manos y los estómagos vacíos, “batidos y maltrechos”, mientras el hambre arreciaba, los tigres se metían por la empalizada y devoraban los soldados, que desfallecían de hambre, y los Capitanes, que procuraban evitarse fatigas y miserias a costa de sus hombres, les trataban con soberbia y renegaban de sus flaquezas. “Los Capitanes, que conforme nunca estaban”, escribe Villalta, uno

de los hombres de esta expedición ; aunque, agrega : “los Capitanes i allegados a ellos, estos, nunca pasaron necesidad”.

Y luego, en la estrechez de los asedios, vino el comer aliñados y ratones y el roer cueros, y el devorar las osamentas de las cabalgaduras; y hasta aquella espeluznante escena de los soldados que en la noche se arrastraron hambrientos hasta la horca, para arrebatarse desesperadamente las piltrafas de los reos que la justicia había colgado con un lazo al cuello.

Mendoza pasaba los días encerrado en su casa. A veces tomaba entre sus manos fiebradas, un libro, de Erasmo o de Virgilio; otras disponía el aderezo y limpieza de sus armas o de sus joyas; y mientras por las ventanas abiertas se veía el cielo lleno de luz y el panorama dilatado del campo desde donde llegaba un aire fresco y sano, pensaba con melancolía en los soñados castillos de piedra que el Rey mandaba levantar en el Río de la Plata para llamarle Conde y entregarle diez mil vasallos, y sujetar la tierra a su dominio.

Los soldados gustaban reconocer los aldeaños en arriesgadas excursiones. Llegaban hasta el monte próximo, un monte de algarrobos, ceibos, espinillos y talas, donde se guarecían los tigres y los pumas, ocultos por las enredaderas silvestres; solían meterse en la zona de los cardales, que quedaba más allá del monte y donde se levantaban, negros y duros y erizados de espinas unos cardos, como los de Castilla; recorrían los “bañados” cubiertos de cortaderas, espadañas y totoras, como el tocado indio de la tierra; pasaban hasta los trebolares que se desparramaban hacia el horizonte en un mar incommensurable, verde y tranquilo, donde de trecho en trecho, el ombú se esponjaba debajo del sol; y regresaban luego, con las botas humedecidas en la tierra jugosa, olorosa a campo, con el perfume agreste de hojas y de yuyos, mientras se oía a lo lejos el la-

mento de las palomas del monte y el grito insolente y destemplado de las gallinetas en la orilla del río.

A esa hora el fogón crepitaba en el cuerpo de guardia donde algunos soldados se preparaban para pasar la noche alertas y prevenir los ataques de la indiada. Se oiría tal vez algún cantar de la tierra remota, quizás un viejo romance de Castilla o unas coplas de Andalucía; y mientras salían las rondas, las escopetas al hombro y las tizonas apercebidas, se iban prendiendo en el cielo las primeras estrellas.

Pero los asedios y las hambres y las pestes y las reyertas entre los mismos conquistadores, sacudían, en estremecimientos de muerte, la población que se consumía y acababa, mientras Ayolas, en unos barcos, remontaba el Paraná en busca de algún consuelo por orden de Mendoza.

Los dos caminos

En el mes de Mayo, había zarpado de Buenos Aires, esa expedición de Ayolas con tres bergantines tripulados, cada uno por una veintena de hombres. Remontan el Paraná, con rumbo al lugar donde Caboto había fundado el fuerte de Sancti Spíritus; y mientras van, aguas arriba, Mendoza, manda otra expedición hacia la desembocadura del río Luján, donde, en el día de Corpus, tienen un encuentro con los indios, que le matan, entre los mejores capitanes, a los hombres con quienes estaba unido por vínculos de sangre.

El Primer Adelantado, está ya en el colmo de la desesperación y quiere volverse a España.

Mal haya el Condado! Mal hayan los diez mil vasallos prometidos! Mal hayan las doscientas leguas de costa sobre la mar del Sur! Mal hayan los castillos de piedra! Mal haya este funesto Río de la Plata donde puso sus caudales y las últimas esperanzas de su vida!

Pero cuando ya se dispone a zarpar, con rumbo a España, después de sufrir el hambre y el asedio de los indios, se oyen unas salvas de artillería por el lado del río y regresa Ayolas.

En la tierra donde asentó Caboto su fortaleza, Ayolas dejó fundado un fuerte que ha llamado Corpus Christi. Y hacia allá, en una última esperanza, se va también Mendoza, por el camino del agua.

En el mes de Setiembre, cerca de Corpus Christi, funda otro fuerte: Buena Esperanza.

Es un nombre simbólico.

Cuando todas sus ilusiones se desvanecían, en esas tierras que hoy son de Santa Fe, el Adelantado se había encontrado con un sobreviviente de Caboto, Gerónimo Romero, que quedara perdido entre las generaciones salvajes que merodeaban por el Paraná, y que llegaba a hablarle, de las riquezas del Río de la Plata. Y sobre los escombros de aquellas vidas torturadas por el hambre y por las pestes, su palabra hace nacer una nueva esperanza.

Pero este hombre extraño que viene del desierto, donde ha vivido varios años, mezclado entre los indios a quienes ha tomado sus hábitos de vida, marca un nuevo derrotero.

Hasta ahora los hombres de Mendoza sólo habían oído la voz del litoral que les invitaba a navegar sus ríos y seguir el camino del agua hasta los montes del Paraguay, para entrar por ellos a la conquista del imperio indio de América.

Los portugueses del Brasil y los náufragos de las expediciones anteriores, sólo eran el eco del Paraná que llamaba con las veinte bocas del Delta, las corrientes de sangre que en riego fecundo despertarían una nueva vida en las vírgenes tierras guaraníes.

Pero ahora, Gerónimo Romero, les traía el eco de "tierra adentro".

No era el camino del agua el que debían seguir en su conquista. Por allí fracasaron Caboto y García. Las corrientes y los vientos eran contrarios; la costa era pantanosa a largos trechos; a veces el río se desparramaba en bañados interminables o se perdía entre un laberinto de islas; y más allá, los montes donde se guarecían las fieras, las peligrosas alimañas y las tribus que comían carne humana.

En cambio, hacia “tierra adentro”, vivían indios vestidos que habían domesticado para el transporte de sus frutos, esas, que los conquistadores llamaban “ovejas de la tierra”, con las que llegaban hasta las naciones que eran las dueñas del oro y de la plata.

Los hombres de Mendoza discuten agriamente.

Unos quieren remontar el río y otros emprender el camino que Gerónimo Romero les marca hacia el poniente.

Mendoza ya está extenuado. Ya no tiene fuerzas para seguir entre esa gente levantisca, sufriendo inclemencias y hambres.

Pero antes de abandonarles, funda ese fuerte, que por una extraña sugestión, bautiza con el nombre de “Buena Esperanza”, mientras deja que sus hombres se dispersen.

Unos quedan en las tierras que hoy son de Santa Fe, donde se levantaron “Sancti Spiritus”, “Corpus Christi” y “Buena Esperanza”; otros bajan con el Adelantado hasta las tierras de Buenos Aires; otros remontan el río, siguiendo la proyectada conquista del litoral con Irala y Ayolas; y los otros, los que escucharon la voz de la “tierra adentro”, emprenden el camino del Oeste en un viaje del que no se supo nunca su fin.

Así los hombres de Mendoza, salieron de Buenos Aires para señalar en la encrucijada de Santa Fe, los dos caminos por donde luego se hizo la conquista definitiva de esta parte de América: el de “tierra adentro” por donde después de fundar a Córdoba vendrá Cabrera en busca de la brecha abierta por los ríos indios; y el camino del agua, por donde Garay bajará desde los montes del Paraguay, después que lo remontaron Caboto, García, Ayolas e Irala, en una vana y alucinante esperanza de conquistas de tesoros.

La derrota

Mendoza regresa a Buenos Aires. Se siente vencido y se dispone a volver a España.

En la playa, los carpinteros y calafates, preparan las naves que le acompañarán en su viaje de regreso.

El 10 de Abril de 1537, ordena sacar una copia del proceso que acabó con la muerte de Osorio en las costas del Brasil y que a él le perseguirá hasta su última hora como una obsesión.

El 20 de Abril, dicta las instrucciones que deja a Ruiz Galán que quedará a cargo del gobierno de la ciudad y de la gente de Buena Esperanza y de Corpus Christi, hasta tanto regrese Juan Ayolas que anda por ahí perdido en los montes del Paraguay buscando el camino que le lleve a la Sierra de la Plata.

El 21 de Abril, dispone por escrito, lo que debe hacer Ayolas si regresa, o Juan de Salazar si aquel no viene: "Lo que Juan de Ayolas mi lugar teniente A de hazer si plaze a dios y Acá viene o sy él no viniere el capitán salazar".

Y el 22 de Abril de 1537, las naves cortaron amarras y tomaron el rumbo de España, llevando a bordo al Primer Adelantado.

Don Pedro de Mendoza se iba meditando y taciturno en el abandono definitivo de su conquista.

Dejaba en manos extrañas, la empresa difusa y larga, que él calculó hacedera en sus vanos proyectos militares.

Tremaba todo él, llagada la testa, con cuatro llagas; llagada una pierna, que le trababa el andar; llagada una mano, que no le dejaba escribir ni aún firmar. Así se veía a bordo, acabado su cuerpo doliente y astillado su sueño de grandeza.

La tierra le parecía más áspera y agresiva que nunca; pero el río revuelto y turbio, le esperaba como un portillo abierto en una insistente invitación a la fuga.

Al alejarse de Buenos Aires, miraba su ciudad.

Los ranchos corcobados bajo sus ponchos de "quincho", se apretaban en hostil murmuración detrás del ruedo de tierra y de palos; se levantaban al cielo, amenazantes, los brazos carbonizados de los "horcones" que castigaron pasados incendios; mientras la que había sido su casa, mas alta y so-

berbia que las otras, cerraba con pesadumbre los párpados de sus ventanas para no verle partir en derrota.

Don Pedro de Mendoza, tenía ahora la faz dura y curtida; el pescuezo flaco; las manos de fiebre, secas y afiladas; y se iba como torturado de remordimientos y de angustias.

El Río de la Plata le había vencido.

LA VERDADERA CONQUISTA DEL ADELANTADO

La bondad de la tierra

Los portugueses, golosos de misterio, se afanaban aún por las maravillas del mundo de que hablaban, en los tiempos antiguos, griegos y latinos y cuya existencia y realidad confirmaban relatos de viajeros y los mapas y portulanos de cosmógrafos y marinos que las señalaban con una precisión desconcertante. Islas inmensas, de oro, como aquella isla Aurea de Tolomeo, en la lejanía de los mares, bajo un cielo encanecido de luz; países donde anidaban pájaros de oro y de plata; y montañas resplandecientes de metales y piedras preciosas.

En los tiempos en que Cortés conquistaba el reino de México, Diego Pacheco al frente de dos barcos del gobernador portugués de Malaca, intenta la conquista de cierta isla de oro, que las últimas noticias de los navegantes y mercaderes del Oriente, ubicaban al sur de Sumatra, rodeada de arrecifes de coral, donde los habitantes, en una desnudez paradisíaca, vagaban, adornados de hojas y de flores, como dioses paganos, entre apacibles montes de palmera. En el mismo año en que Caboto llega al Río de la Plata, otro barco portugués, dobla el Cabo de Buena Esperanza, arriba a Sumatra averiguando la ruta que le lleve hasta esa misteriosa isla, y unos años después, los traficantes que llegaban hasta Malaca en sus trajinerías, juraban que le habían visto naufragar en medio de un tifón con toda su carga de oro; y en

1543, cuando en España ya se había extendido el título de Segundo Adelantado del Río de la Plata, es Martín Affonso de Sousa quien manda una galera y dos fustas portuguesas en procura de la isla de oro que buscaba Pacheco.

Fueron, así, los portugueses, los últimos marinos, que navegaron los mares con la visión alucinante de las islas de oro, de los montes resplandecientes, y de los ríos de plata, como aquellos aventureros árabes de un "Relato" medioeval, que un buen día salieron de su pueblo y se embarcaron en busca de las maravillas del mundo hasta que se acabaran.

Con todo, cuando Colón escribe a los Reyes Católicos, dándoles cuenta de su descubrimiento, no habla de islas de oro ni de ríos de plata. Solo ha visto tierras ubérrimas, árboles gigantes que puján hacia el cielo; puertos abrigados, "sin comparación de otros que yo sepa", dice; y ríos, agrega, "buenos y grandes que es maravilla".

Es la tierra de América, la que encanta y atrae a los hombres, con la feracidad de su suelo, el brillo de su sol, la dulce apacibilidad de sus días bajo la fronda de sus árboles, en sus playas doradas, o en sus campos abiertos.

Pedro Mártir de Angleria en una de sus epístolas, después del Descubrimiento, pondera la bondad de la tierra nueva.

"Dicen que los árboles son muy frondosos y altísimos, escribe, que en los prados se cría la yerba tan espesa y alta, que ni a pie ni a caballo se puede abrir camino, y que nuestro ganado se hace allí más corpulento y se hace mucho más grande por los pastos más nutritivos. Las hortalizas y demás cosas sembradas que se llevaron allá, crecen con admirable brevedad de tiempo; las calabazas, melones, y demás cosas de estas, a los treinta y seis días de sembradas se comen; las lechugas, rábanos, borrajas y demás hortalizas de esa especie, a los quince días; al segundo año de puestas las vides, dicen que han comido dulces uvas, y afirman que las cañas de que se saca el azúcar, a los veinte días tienen un codo".

En aquella tierra nueva, de andar y ver, donde voluptuosamente se deleitaban en trajinar por donde jamás andu-

vieran cabalgaduras ni carretería; a través de los campos fuertes, con olor a pasto y rocío, la vida cobraba un nuevo sentido, que los conquistadores presentían desde la oscuridad de su alma. Por eso frente al interrogante, inquietante e inmenso de la tierra, sabían dar la respuesta rotunda y enérgica de su optimismo.

Cierta mañana, después de oír la misa rezada en un altar levantado a la orilla del mar, Colón se ha sentado en la playa. El regocijado gorgear de los pájaros, en la selva virgen, llega con el aire mañanero y oloroso, que cosquillea en las mejillas de los hombres barbados que le acompañan y les pone cierto leve lagrimeo en los ojos. Es una mañana esplendorosa y calma en que hasta el vahar de la tierra húmeda, es un hábito de esperanza, mientras los árboles levantan el verde de sus copas, en una insaciable apetencia de inmensidad y de cielo. Los indios, en paz con los que vienen a conquistarles, les traen todos los días el alimento; pero aquella mañana, como un símbolo, se adelanta hacia Colón, un cacique, octogenario y grave, todo desnudo como un dios antiguo, y le brinda un canastillo colmado de frutas olorosas.

Pero la gente que viene a la conquista, no cruza el mar, desafiando tormentas y naufragios, para extasiarse frente a los abiertos paisajes ni para solazarse con los frutos maduros, que les ofrece, generosa, la bondad de la tierra.

Son marineros viciosos y rudos, soldados desvergonzados y torpes, aventureros insolentes y desalmados, hidalgos de soñados linajes o de ejecutorias raídas de pobreza, gente desasegada y andariega, contra cuyas pasiones y miserias, deben luchar con desnudo, algunos recios espíritus, que les acompañan en la descomunal aventura y que se empeñan en dar a la conquista, el carácter español y cristiano, para que después de afianzado, como lo dice Oviedo el Primer Cronista de In-

días, puedan venir, honradamente, los mercaderes, a gozar con tranquilidad, de sus sacrificios y desvelos.

“Por que la salvages de la tierra, escribe, y los ayres della y la espesura de los hervajes y arboledas de los campos, y el peligro de los rios e grandes lagartos e tigres, y el experimentar de las aguas e manjares, fuesse a costa de nuestras vidas y en utilidad de los mercaderes e pobladores, que con sus manos lavadas, agora gozan de muchos sudores e desvelos”.



Los hombres que llegaban al Río de la Plata en las primeras expediciones, alucinados por los relatos que salían, sobre todo, de la costa del Brasil, esperaban recoger sin penuria los tesoros tan mentados.

Pero el Río de la Plata, les esperaba huracán y hoseo, con el agua revuelta y turbia; con sus traidores bancos donde se hundían sin remedio las quillas de los barcos mientras aullaban los vientos del sur y rompían las arboladuras y desgarraban las velas.

La tierra era rasa, sin arboledas, y los indios bravos e indomables. Y cuando los conquistadores remontaban el Paraná en busca del camino que les llevara a la soñada Sierra de la Plata, los vientos del sur que tan fieramente les habían zaraudeado al llegar, saltaban, arteros, hacia el norte, y les dilataban penosamente la navegación aguas arriba, soplando en la misma dirección de la corriente que se afanaban en subir.

Pero si las soñadas Sierras de la Plata, seguían ocultas más allá de los bosques, para los que las buscaban por estas latitudes, la tierra y el río, en cambio les iba ganando.

Alaban el pescado del Paraná, como al mejor pescado del mundo: “El pescado desta tierra, dice Luis Ramírez, es mucho y muy bueno y tan sano qual nunca los hombres vierou”. Admiran la destreza de los indios pescadores: “Ques una cosa no creedera su arte de pescar”, dice el mismo com-

pañero de Caboto. Ponderan la tierra, de saludable y buena: “Mientras en esta tierra habemos estado, agrega, no ha adolecido ninguno de nosotros”. Y mientras vagan de isla en isla, —“este río hace en medio muchas islas, tantas que no se pueden contar”, dice Ramírez— proclaman la dulzura y la bondad del agua: “Muy buena agua, anota, dulce, la mejor y más sana que se puede pensar”.

El Río de la Plata, no bañaba tierras de tesoros, como decían los portugueses, pero era una tierra sana y fértil: “Esta tierra adonde ahora estamos, afirma el mismo Ramírez, es muy sana y de mucho fruto”. Y cuando Lope de Sousa, recorre el Delta del Paraná con sus portugueses y atisba la inmensidad de la pampa desde la orilla del río, dice también que es esta “a terra mais fermosa”. Por eso, cuando Don Pedro de Mendoza sube con Ayolas hasta Corpus Christi, encuentra a los soldados del Fuerte, adaptados a los usos de la tierra: “Y visto que los cristianos, dice Schmidel, tomaban ya el modo y vivir de la tierra...”

Con todo, al primer fundador de Buenos Aires, no le fué dado ver hasta donde esta tierra, que había desbaratado sus ensueños de poderío y de grandeza, había en cambio, ganado para siempre a sus hombres.

Uno de los navíos que le acompañan en su regreso a España, perdido el rumbo en un temporal, va a dar a la Isla Española. Sus tripulantes están agotados de fatigas y en un esfuerzo desesperado achicando el agua que aniega los pañoles durante el viaje, dan al través a inmediaciones de una villa que se levantaba hacia el poniente de Santo Domingo.

Oviedo, como los Cronistas de Indias, hombres de pluma y de espada a la vez, que sabían combatir bravamente y sufrir las penurias y sudores de aquel vivir andariego y de aventura y narrar escrupulosa y donosamente los lances y peripecias en que anduvieron o que llegaron a sus oídos, se acercó para interrogarles.

Todos ellos habían sufrido las hambres y miserias de Buenos Aires y habían asistido al trágico desmoronamiento de las

fantasías de Don Pedro de Mendoza en las orillas del Río de la Plata; con todo, ninguno decía mal de aquella tierra. “No obstante sus trabaxos, escribe Oviedo, loaban aquella tierra...”

Es que como aquel indio desnudo que brindaba a Colón, en las playas del Caribe, un cesto de frutas maduras, el Río de la Plata, ganaba a los hombres con sus campos abiertos como unas manos tendidas.

Pancaldo

Don Pedro de Mendoza ya había muerto en alta mar y habían arrojado su cuerpo por la borda del navío, el 23 de Abril de 1537; y Ruíz Galán, gobernaba Buenos Aires, desde la partida del Adelantado.

Un día de Abril, en el año 1538, los vecinos atisban desde la orilla del río el velamen de un barco que se acerca. Viene cautelosamente, maniobrando entre los bancos, con la sonda apercebida, cuidando que la quilla no se hunda en la arena. Con todo, al llegar al puerto, la nave se sacude y conmueve y la tablazón cruje como si fuera a abrirse por el medio. El barco ha encallado y a bordo, un hombre viejo y curtido por el mar, blasfema y maldice, como energúmeno.

La nave se llama la “Santa María” y el marinero León Pancaldo.

Pancaldo tiene una larga historia adobada de aventuras y de misterios. Ha navegado por todos los mares; conoce las tierras más remotas y extrañas; ha tenido lances que le pusieron en trance de muerte; ha estado entre grillos y ha sido prófugo. Y hasta anduvo, sabe Dios en que apaños y manejos de contrabando.

Había pasado por el Río de la Plata y cruzado el estrecho con la expedición de Magallanes, pero como su barco, “La Trinidad”, se perdiera en el Pacífico, anduvo de un lado a otro entre pestes y hambres durante cuatro años hasta que con diez y siete tripulantes sobrevivientes fué apresado por los portugueses en las famosas islas de las Especies y

confinado en Cochín, de donde, después de diez meses huyó a Mozambique para ser apresado de nuevo, hasta que en uno de los puertos de la India, logra esconderse en la bodega de un barco que va a Portugal. Sufre estoicamente las penurias de la larga travesía y llega por fin a Lisboa. Pero Pancaldo, que no vivirá nunca tranquilo, vuelve a ser encarcelado y vuelve a fugarse.

En 1531 hace un trato en París para dirigir una expedición de contrabando a Mozambique, pero desiste cuando el Rey de Portugal se insinúa con unos millones de ducados de oro, aunque después de recibir la dádiva real le escribe al Monarca excusándose de no poder entrar a su servicio por que ya está viejo, y tiene que sufrir todavía, dice textualmente, “la carga” de su mujer.

Con todo, no tarda, Pancaldo, en volver a las andadas y arma una expedición al Perú, que en esos años, descubierto por Pizarro, deslumbraba a la gente.

Sale de Italia con dos barcos. El se embarca en la “Santa María”, que es la capitana y en la “Concepción”, va un genovés, Pedro Vivaldo. Toman el rumbo del Estrecho, desde donde subirán hasta el Perú, llevando a bordo las mercaderías que le han confiado “Urban Centurión e Franciseo Pozobonelo e compañía”, para realizar ese tráfico.

Vivaldo, que estaba obligado a seguir la nave capitana, un buen día despliega todas sus velas y deja atrás a la “Santa María”, que encalla al tomar puerto en Buenos Aires.

Pancaldo baja entonces a tierra acompañado de algunos italianos nobles que le siguen en la aventura y entre el asombro de los vecinos que sufrían hambre y desnudeces, declara con cierta soberbia que lleva mercaderías por más de diez mil ducados.

Desde las bodegas de la nave encallada, van saliendo hacia el depósito que se les ha señalado, paños, lienzos, terciopelos y brocados, gorros, zapatos, jubones, zamarras, unas libras de hilo y unas docenas de cinta; arcabuces, rodelas y cotas de malla; carne de membrillo, aceite, pimienta y cane-

la; y para que no faltara nada, unas pipas de vino, de un vino que a los hombres de Buenos Aires sabe a gloria, que ya llevan varios meses de trasegar, de vez en cuando, un sorbo de algún vinillo agrio que guardaban como un tesoro.

Los vecinos se arremolinan y disputan entre ellos sobre quien tiene derecho a la mercadería de Pancaldo y sobre los precios y condiciones de la venta.

El capitán de la "Santa María" defiende heroicamente su cargamento; y él, que se ha visto en trances apurados en su vida, reniega y maldice de haber dado con su barco en semejante tierra, donde le acosan y hostigan para llevarle de entre las manos, a toda costa, la mercadería con la que pensó, al salir de Italia, que podría ganar los dineros que le permitieran pasar tranquilamente los últimos días de su vida y llevar sin sacrificios aquella "carga" que le quedaba de su mujer.

Pero tiene además Pancaldo que soportar el suplicio tremendo de los pleitos y de la gente de justicia.

El piloto que guió la nave a la entrada del puerto, le demanda su salario. Pancaldo protesta. Que ha de pagar él, si el piloto le ha encallado el barco que está ahí rompiéndose, hundido en la arena!

Sin embargo, le condenan a pagarle ciento cincuenta ducados; y por añadidura, los Oficiales Reales también le hacen comparecer a la justicia, acusándole de haber introducido dos esclavos negros.

En estas disputas y chicanas judiciales estaba la gente de Buenos Aires, cuando aparecen unos hombres extraños. Vienen extenuados, harapientos y flacos y traen unos fardeles al hombro, que despiertan la curiosidad del vecindario. Esos hombres que han caminado a lo largo de la Patagonia sufriendo intemperies y hambres, son los tripulantes de la nave desertora de la expedición de Pancaldo, que mientras llevaba las velas desplegadas en la desleal huida de su capitana, fué sorprendida por una tormenta que la estrelló contra la costa

a la altura de Río Gallegos, cuando ya creían cruzar impunemente el Estrecho.

Y así entra también Vivaldo a Buenos Aires.

Los dos mercaderes se increpan, discuten y vociferan y Pancaldo lleva ahora a Vivaldo ante la justicia.

Buenos Aires pasa unos días tremendos en medio de las disputas de los mercaderes y de la grita de los vecinos que a toda costa pretenden adquirir la mercadería que tan milagrosamente les ha llegado. Entonces Ruíz Galán que sigue al frente del gobierno de la ciudad, interviene en la contienda e indica las personas a quienes Pancaldo y Vivaldo deben vender su carga; pero como el cisco y la grita arrecia en vez de amenguar, el Gobernador pierde los estribos e injuria a los mercaderes y les amenaza con hacerles trabajar y meterles en las rondas y velas como a los soldados.

Pancaldo, que tantos reveses supo llevar en su vida, ya está harto, de sinsabores.

Vencido y viejo consiente, por fin, en que se venda su mercadería. Pero los hidalgos, que no tienen plata, muy solemnemente, le prometen, ante escribano, que le pagarán sus compras, con lo primero que en oro, plata, o perlas, les pueda corresponder en la conquista del Río de la Plata.

Pancaldo, ve que su carga, pasa así a los descaudalados conquistadores, que en cambio, van poniendo en sus propias manos, con gran solemnidad y empaque, esas escrituras donde consta, con firma de notarios, testigos y fiadores, que le pagarán "del primer repartimiento que en esta dicha provincia o costa se nos hiciere e cupiere de oro o plata".

Bonito Río de la Plata, pensaría Pancaldo, donde en vez de plata le pagan a uno con papeles!

Y maltrecho y doliente abandona su nave hundida en las arenas del Riachuelo para siempre.

La buena esperanza

Camino de lágrimas y desencantos era este del Río de la Plata hacia donde se encaminaba toda suerte de gente con

la ilusión de regresar a España cargada de riquezas, conquistadas sin esfuerzo en deslumbrantes y fáciles botines. Pero, decía Oviedo, el Primer Cronista de Indias: "primero que le topen se cargan de lloro y de planto; y por uno que haya tornado a Castilla con dinero, han dexado acá ciento el pellejo".

Los hombres de Mendoza, que llegaron maltrechos con las penurias y los odios enconados de la travesía, sintieron bien pronto el trágico sacudón con que la tierra les llamaba a la realidad.

Les negaba la piedra para que no pudieran levantar castillos; les negaba el alimento para que se lo procuraran con sus propias manos; les helaba las carnes con los vientos del sur, para hacerles buscar refugio en ranchos miserables y sórdidos hacinados hidalgos de linaje y plebeyos sin lustre, capitanes soberbios y soldados sufridos; y cuando después de un recio combate con los indios, los conquistadores regresan a Buenos Aires, donde les aguarda el Primer Adelantado a quien el Rey, en su Capitulación, le prescribía como debía repartir los tesoros que, como despojos, dejaran los señores de la tierra, solo le anuncian, con gran alegría, que el único botín que han conquistado son unas redes indias con las que podrán amañarse para pescar ellos mismos, que ya morían de hambre.

En medio de la desolación y penuria de Buenos Aires, las cuatro iglesias que se levantan a costa del Adelantado, se van con el río, en el remolino de sus aguas desbordadas o se desploman entre los tirantes carbonizados y las techumbres de paja cineradas por las flechas incendiarias de los indios; con todo, Ruíz Galán, mientras unos soldados blasfeman y otros piden a Dios misericordia en esos días alucinantes y trágicos, destruye una nave grande que todavía queda en el puerto para construir con sus tablas una iglesia y afirmar así en un esfuerzo supremo la fe cristiana de España, mientras un batel en demanda de socorro, baja por el Paraná

desde Corpus Christi, donde los hombres también mueren de hambre frente a sus sembrados de maíz talados por la langosta.

Pero en medio de todos estos quebrantos y de todas estas miserias Buenos Aires se mantiene. Sus hombres, no saben por que, tienen todavía esperanzas en la tierra.



Un día, se reúnen algunos vecinos con Francisco Ruíz Galán. Están presentes en el corro las personas de mayor importancia y han llamado además a un escribano, que acude solemnemente con todo su recado de escribir. Es el 29 de Abril de 1539.

Deliberan sobre lo que tienen hartas veces deliberado. Se miran a la cara y entre las barbas enmarañadas y las greñas que asoman bajo la visera de los cascos, a penas si se reconocen en ellos mismos a los apuestos capitanes y a los gallardos soldados que formaron en el alarde de don Pedro. Están sucios y harapientos. Y hasta sus armas se han ido acabando en las peleas con los indios o en las penosas travesías de los campos desiertos. Estan casi todos a pie porque ahora, los caballos también hacen falta. Unos se han muerto y otros, con los belfos en alto, se perdieron en un galope de libertad por los campos abiertos.

Todo necesitan aquellos hombres. Alimentos, armas, calzados, vestidos, brea y jarcias para sus barcos, y caballos para correr por esta tierra rasa que parece que nunca se acabara de andar.

Entonces el escribano va tomando nota de los pedidos: municiones, ballestas, hilo, y ropa, de la ropa que ahora piden hasta los hidalgos y los señores: "ropa parda de trabajo".

Y después que tienen bien concertado el pedido de lo mas indispensable para la ciudad y que enviarán a buscar a España en una carabela, establecen los precios que pagarán por esas mercaderías.

Al que les vendiere todos esos géneros y esas armas que piden, y se las trajeren dentro de un año y medio, le pagarán por cada mil ducados de oro en mercaderías, que hacen trescientos setenta y cinco mil maravedies, dos mil pesos de buen oro, de cuatrocientos cincuenta maravedies cada uno.

Por cada veinte caballos nacidos de yeguas de Sevilla, pagarán, incluyendo los "adereços de cabalgar" cuarenta mil pesos de buen oro. Pero a los que se los trajeren después del plazo establecido, pagarán hasta el término de tres años, por cada mil ducados de oro, no siendo telas de seda, mil pesos de oro; y por cada veinte caballos, dos mil pesos de oro, "sin pleito ni contienda alguna" agregan.

Con todo, a España solo habían llegado hasta entonces desde estas tierras, los cueros de lobo marino que cargaron los sobrevivientes de Solís, unas planchas de plata que llevó Caboto y la pequeña muestra que exhibió Diego García.

Pero en el Río de la Plata, mientras el horizonte, en un ademán alucinado arrojaba a lo alto el disco del sol como una pieza de oro, sobre las mínimas y descabaladas huestes roídas de sordidez y miseria, se hacían los tratos y comercios, a pagar con el repartimiento de "las suertes e partes que a cada uno cupiere en esta conquista".

Es que eso fué lo que nunca faltó en el Río de la Plata: la buena esperanza, que como un símbolo les había dejado Mendoza en el nombre de un Fuerte levantado a la margen derecha del Paraná.

Buenos Aires

Y Buenos Aires, siguió viviendo un tiempo mas.

Pero mas que buenos aires, soplan vientos de infierno en este malhadado Río de la Plata donde en cambio de la plata, que no se encuentra nunca por ningún lado, solo hay descalabros y dolores.

Y mientras los hombres que quedaron en el pueblo que fundara don Pedro de Mendoza, se defienden heroicamente

de los indios y de la tierra, Irala a la muerte de Ayolas, señorea el Paraguay desde la Asunción que fundara otro hombre de Mendoza, Juan de Salazar, el 15 de Agosto de 1537.

Pero en ese año que llevan los conquistadores yendo y viniendo por el Río de la Plata, el Paraná y el Paraguay, acosados por los indios, apremiados por el hambre, hostigados por las fieras y abrumados por la tierra que cada vez parece mas grande y dilatada, van adquiriendo una nueva visión de los usos y de las jerarquías y de la vida misma.

Aquí no cabían las jactancias de linajes y de títulos; que Irala iba imponiendo a todos su voluntad a fuerza de audacia y coraje y había venido sin nombre ni mando. Ni tampoco los alardes de los que profesaron la guerra en los ejércitos de Europa y sabían discurrir doctamente de acuerdo con los tratados sobre milicias; que los naturales de estas regiones bárbaras, y la tierra misma se encargaban de desbaratar cualquier organización y táctica militar a usos europeos.

En la travesía del mar, gustaban los militares de Mendoza, platicar sobre temas de guerra en voz alta y con ademanes enérgicos y aspavientos para llamar la atención y provocar el entusiasmo del pasaje bisoño. Allí, en esos corrillos, los artilleros ponían por encima de todas el arma de artillería; y protestaban agriamente por que solían admitirse para ocupar sus plazas, a sastres, calceteros y zapateros. Por que, decían, si no hubiere, para llenarlas, hombres del oficio o aún marineros, solo podrían admitirse herreros, carpinteros, cerrajeros y armeros que tenían "oficio de lima y compás" y que por eso de algo podrían servir en arma tan delicada y de tanta medida y precisión como lo era la artillería.

Además, afirmaban, el artillero no solo debía entender de fundiciones y calibres, si no que debía ser hombre experto en el manipuleo y trato de la pólvora; y saber hacerla y enjuagarla, sin sol y sin fuego, cuando se le mojaré; y darle fuerza nuevamente cuando la perdiere. Que la pólvora, decían a gritos, es la cosa más fuerte que haya en el mundo. Y no faltaba quien recordando los tratados de artillería hiciera ga-

la de su ciencia en materia de fuegos artificiales y de otros usos de la pólvora y dijera engolando la voz, como quien dice una cosa de mucha cuenta, que el azufre "le sirve de encender y el salitre de rempujar y el carbón de acompañar los dos materiales y levantar".

Pero ahora, en las llanuras del Río de la Plata, o en las islas del Paraná o en los montes del Paraguay, se aprendía también una nueva milicia.

Los cañones, falconetes, medios sacres y pedreros eran harta impedimenta para llevarla de un lado a otro, en travesías interminables, entre montes y pantanos.

El Río de la Plata les había hecho vivir así, una nueva vida a los que quisieron imponerle violentamente sus leyes, desde Buenos Aires.

La ruina de Buenos Aires

La suerte de la primera Buenos Aires se jugó el día en que los hombres de Mendoza se desparramaron hacia los cuatro vientos desde la tierra de los indios Timbues a inmediaciones del Carcarañá y del Coronda, donde Caboto había levantado el primer fuerte y Mendoza había fundado Buena Esperanza, precisamente cuando la esperanza le abandonaba para siempre.

Solo quedaron en el Río de la Plata, tres grupos de sobrevivientes de la desgraciada y descabalada expedición del Primer Adelantado: los que remontan el Paraná con Ayolas e Irala y señorean luego el Paraguay desde Asunción; los que se mantienen en Buenos Aires menguados y famélicas; y los que quedan en tierras de Timbues defendidos en precarias fortalezas.

Los hombres de Buenos Aires, en medio de sus penurias sostienen heroicamente la ciudad de Mendoza a la entrada del Río; los que se han fortificado en las llanuras que hoy son santafesinas, junto al Paraná, siembran y pescan para proveer a Buenos Aires y para abastecer a las naos que suban o

bajen del Paraguay; mientras los de Asunción se empeñan en vencer los montes salvajes en un tenaz esfuerzo para abrir el camino que les lleve a la Sierra de la Plata.

Después de fundar Asunción en las márgenes del Paraguay, Salazar regresa a Buenos Aires, y da cuenta a Ruíz Galán de que ha dejado a Irala como gobernador porque ignora la suerte que ha corrido Ayolas que se internó un buen día por los bosques en procura del camino que le llevara a los dominios del Rey Blanco.

Ruíz Galán resuelve subir con Salazar en su busca para llevarle su auxilio y para certificarse también por sí mismo de las nuevas que habían llegado sobre el Paraguay.

Al llegar a Corpus Christi, se hace jurar por Teniente de Gobernador y Capitán General, y ordena que le acompañe toda la gente del Fuerte y que se agreguen a su flota los dos barcos que había en el puerto.

En Asunción, disputa con Irala porque éste se niega a prestarle acatamiento; y después de asaltar a los indios de las inmediaciones y de arrancarles violentamente la escasez de alimento que tenían, regresa a Buenos Aires.

Pero poco tiempo después, en Octubre del año 1538, arriba a Buenos Aires Alonso Cabrera, Veedor de Su Majestad, "con una nao e cierta gente".

Ruíz Galán quiere hacer valer su investidura de gobernador pero tenazmente se niega a reconocerle el Veedor.

Este conflicto político pone una nueva nota de inquietud en la población, que los vecinos y pobladores tienen harta experiencia de lo que pueden esperar los que se levantan contra los que tienen en sus manos los resortes del gobierno.

Aunque alegaba Ruíz Galán que había sido nombrado gobernador por el Adelantado, el Veedor iba de una casa a otra mostrando ciertos papeles y escrituras misteriosas.

—Veís aquí?, les preguntaba mostrándoles el encabezamiento. Y sin permitirles leer el texto, les señalaba la firma.

—Habeís visto?, les volvía a interrogar.

—Pues debajo desta firma, agregaba, está lo que en su tiempo vereís!

Y como por el encabezamiento y la firma se adivinaba que aquel papel traía una Real Cédula, dieron muchos en sospechar que las escrituras misteriosas del Veedor eran el acabar del mando de Ruíz Galán. Y así muchos abrazaron su partido.

“E desta manera, dice Pero Hernández Secretario de Alvar Nuñez, todos le seguían creyendo que habría de ser gobernador”.

Con todo, Ruíz Galán no se daba por destituido de su cargo y así, escribe el mismo Hernández, “ambos juzgaban e determinaban los pleitos cíviles e criminales”, hasta que resolvieron remontar juntos el Paraná en busca de Salazar que estaba en Asunción.

El viaje de Ruíz Galán y del Veedor fué fatal para Buenos Aires.

En Asunción, los ánimos que ya andaban levantados por los celos que entre los conquistadores despertaban las hermosas indias guaraníes, se agravaban por las pasiones de la política y los rencores que encendían las ambiciones desembozadas de los conquistadores.

La llegada de Ruíz Galán con su nuevo pleito alborotó mas el ambiente.

“Sobre esa razón, anota Pero Hernandez, obo pasiones e escandalos entre ellos”. Pero aunque al final reconocen como gobernador a Irala.

Desde ese momento la obsesión de Irala es destruir Buenos Aires para llevarse sus últimos pobladores y hacerles reforzar las huestes con las que piensa adueñarse de todo el Paraguay y hacer felizmente el camino que Ayolas había trazado a costa de su vida.

Para realizar su plan manda primero a Juan Ortega el

28 de Julio de 1540 con dos bergantines “e cierta gente” para que se haga reconocer en su nombre como gobernador de Buenos Aires.

Ortega, que ya traería las instrucciones precisas de Irala, proclama en Buenos Aires su propósito de despoblar la ciudad y de llevar a sus vecinos hasta Asunción, pero, dice una “Relación”, “no se lo consintieron los pobladores”.

El representante de Irala, al verse resistido por los vecinos de Buenos Aires, les maltrata y les persigue hasta provocar la huída desesperada de algunos que se embarcan en pequeños botes desafiando los peligros del río.

En esta época Irala anuncia en Asunción que bajará a destruir Buenos Aires.

Los vecinos más reposados y sensatos de Asunción le requieren ante Escribano para que desista de su propósito por que le consideran disparatado y absurdo; pero Irala que no es hombre de pararse en requilorios, injuria a los que se oponen a sus designios, emprende su viaje aguas abajo y llega a Buenos Aires en el mes de Marzo del año 1541, acompañado del Veedor Alonso Cabrera.

Los pobladores viejos arrugaban el ceño a espaldas de Irala.

Ellos recordaban muy bien los caballeros que habían rendido pleito homenaje al Adelantado en la Casa de la Contratación de Sevilla. Era una lucida hueste de capitanes honrados y de gente de linaje. Recordaban siempre a aquel inquieto y gentil Juan Osorio, maestro de campo de la infantería, que en las playas del Brasil acabara trágicamente, para remordimiento eterno de don Pedro; no olvidarían jamás la figura enigmática y siniestra de don Juan de Ayolas, el alguacil mayor, que arteramente se había adueñado del ánimo del Adelantado y a quien, cuando regresaba de su conquista a través

de las selvas del Paraguay, los indios le hundieron en una ciénaga mientras sus manos se crispaban en los últimos pedazos de la plata de su botín. Pero aquel Irala, que ahora gobernaba los que fueron dominios de Don Pedro de Mendoza, de donde había salido?

Los pobladores de Buenos Aires ya tenían mentas de él y de sus empresas desde que salió con Ayolas con rumbo al Paraguay; y sabían del genio y talante con que metía en vareda a sus soldados. Por eso sujetaban la lengua y se mordían los labios ante los desplantes de este "hombrecillo", como le había llamado despectivamente Ruíz Galán en Asunción.

Pero Irala, arrogante y enérgico, iba disponiendo los ánimos de los vecinos de Buenos Aires, para destruir la ciudad y hacerles seguir aguas arriba a las tierras donde les esperaban sus compañeros de andanzas y aventuras.

Delibera con la gente principal, con eclesiásticos y con los más viejos, y les va convenciendo, mas que con razones con mostrarles su voluntad inquebrantable, de que es necesario para el servicio de Su Magestad y para afianzamiento de la conquista, reunir a todos en Asunción y dismantelar el puerto de Santa María de los Buenos Aires.

—Para que estais aquí, les decía, amenazados de muerte por los indios solo para anunciar a los que pudieren venir de España, donde pueden hallar al gobernador y a la gente desta provincia?

Y después él y la gente que le acompañaba desde el Paraguay, iban por ahí, a la puerta de la iglesia o en la plaza o junto a la empalizada donde deambulaban las rondas y velas, contando maravillas del Paraguay.

—A treinta leguas a la redonda de Asunción, decían, viven los indios guaraníes con quienes estamos en paz.

Y agregaban, que con el trabajo de los indios amigos, no solo habría mantenimiento y sostén para todos los que quedaban de la expedición de Mendoza, si no también hasta para mas de tres mil hombres.

A los soldados que aún se sentían acuciados por el brillo

de los lances de guerra, les hablaban de las grandes expediciones que habían de hacer entre los montes, aliados con los guaraníes, para combatir a “generaciones” feroces.

Los capitanes, curtidos por el sol y marcados de fieras cicatrices, discurrían entonces, en los corrillos, sobre la guerra india del Paraguay.

—Los indios, que son nuestros aliados, decían, aguardan solo que les invitemos para salir a destruir las “naciones” enemigas de ellos y nuestras. Mas de mil guaraníes nos acompañan en sus canoas; y cuando salimos por la tierra adentro, van todos los que queremos llevar. Así hemos dado cuenta de muchas tribus como la de los Agaces, a los que despojamos de gran cantidad de oro y plata. Y solo aguardamos que váis vosotros, agregaban, para ir hacia el oeste, a mover guerra a los “señores del metal”; que sin la máquina de la artillería y sin las municiones que de aquí llevaremos, no podremos marchar por que esas naciones son numerosas y bravas, y como a los guaraníes les hemos dicho que solo hemos venido a esta tierra para ir contra sus enemigos de la Sierra de la Plata, ellos nos reclaman esta guerra y nosotros la vamos dilatando hasta que podáis ir en nuestra compañía.

A las mujeres de Buenos Aires también les prometían el descanso de sus trajines y de sus penurias, por que en Asunción no tendrían que trabajar como hasta ahora lo hacían en Buenos Aires en el lavado y en la cocina y hasta en las fajinas propias de los soldados cuando los indios apuraban sus cercos y sus asaltos, por que allá tenían setecientas indias para los trabajos domésticos y aun para la siembra y la cosecha de las chacras.

Y cuando algún mozo reacio y terco, no demostraba entusiasmo por seguir el camino de Asunción, la hermosura, la bondad y la dulzura de las indias del Paraguay le movía la voluntad y le encendía la sangre.

Con todo, algunos vecinos, a pesar de todas las promesas de una vida mejor, preferían quedarse en Buenos Aires.

Cuando Ruíz Galán estuvo de gobernador, acabó de for-

tificar la plaza. Ya había soldados que salían a los campos a buscar perdices; otros habían aprendido a tirar las redes indias para pescar en los ríos próximos; y hasta habían empezado a cultivar rábanos y lechugas en sus huertas.

Y eran estos los vecinos que iban a ver a Irala para que les dejara en el puerto, entre tanto los otros le seguían aguas arriba hasta el Paraguay.

El gobernador les recibía, empacado y grave y les prometía dejar una pequeña guarnición en Buenos Aires, solo para aquietar un tanto el ánimo de los descontentadizos.

Pero entre tanto el tiempo propicio para remontar el Paraná se acercaba y los días iban pasando en divagaciones y en vanos proyectos.

El 10 de Abril, el Veedor Alonso Cabrera, llama al escribano Valdez y en presencia de testigos requiere a Irala para que levante el pueblo y le lleve a reforzar la gente de Asunción.

—Apenas han quedado poco mas de trescientos cincuenta cristianos en el Río de la Plata y los enemigos parece que se multiplicaran, dice el Veedor. Hasta los mismos guaraníes, agrega, se vendrán en contra nuestra si nos ven así divididos y desarmados.

Y como alguien le advierte que el gobernador había prometido a cierta gente dejarla en Buenos Aires, para resguardar el puerto y dar noticias a los que pudieren venir de España, el Veedor insiste:

—Que el señor gobernador no deje la gente que tiene señalada ni otra ninguna, dice; pero si con todo, quisiere hacerlo y fuere su voluntad mantener la ciudad que fundara el Adelantado, que no deje menos de ochenta hombres, por que serían muertos por los indios, que aunque no pudieran salvar las empalizadas del fuerte, destruirían las sementeras y les harían morir de hambre. Y con esos hombres que quedaren, agregaba, debe hacerse un alarde, no solo para ver las armas que tienen, si no también la ropa.

Por que los que allí se queden, en contra de la opinión,

del Veedor, deben tener vestidos para los dos o tres años, que pueden pasar sin recibir socorro; aunque, bien saben todos "que la mayor parte de la gente está desnuda y no tiene con que cubrir sus carnes".

Pero los vecinos se querellaban y clamaban por lo bajo y hasta algunos indios amigos les pedían que no abandonaran el pueblo, que ellos ya tenían noticias por las tribus del Brasil, que en cuatro navíos venían por el mar muchos cristianos, con rumbo a Buenos Aires.

Seis días después del requerimiento del Veedor, toda la gente de Buenos Aires, remolinea inquieta en la plaza. Algunos están alegres y dicharacheros. Otros apenas disimulan cierta pesadumbre y acritud.

Sopla un viento del sur saturado del olor fresco de los pastos que todavía no han quemado las heladas. Son los buenos aires que arrean unos rebaños de nubes por ese cielo azul y diáfano de la pampa.

En los esquineros de la empalizada, dejaron los "horneos" sus nidos de barro, como cabezas atisbantes; el muro de tierra se ha echado encima su manta de enredaderas silvestres, salpicadas de flores; y más allá, el "campo", tranquilo y quieto, invitando a hundir los pies en la tierra jugosa por donde un día se escaparon, al galope tendido, los caballos del Adelantado.

Pero el "Muy Magnífico Señor Domingo Martínez de Irala Teniente de Gobernador" llega taimado y hosco. Vienen con él, eclesiásticos, capitanes y los vecinos más espectables.

El puñado de vecinos se arremolina con sus cabezas desgreñadas en un impaciente curioso. El escribano, despliega sus papeles y con voz engolada da lectura a la orden del señor gobernador, que la imparte después de haber consultado

y platicado, dice, con las personas mas principales y mas ancianas.

La orden es terminante. Todo el mundo debe alistarse para partir el próximo 10 de Abril.

Y el escribano, gravemente, después de dar lectura a sus papeles, los pone ante los ojos de los que todavía quieran cerciorarse por si mismos de que la vida de Buenos Aires ha terminado.

Irala, dispone luego que se dejen señales e instrucciones para los que puedan llegar, si acaso llegan, a prestarles ayuda.

Todo lo prevee por que conoce bien el camino que abre el Paraná.

Desde mediados de Marzo hasta mediados de Mayo, es la mejor época para remontarle, les dice en sus instrucciones, y deben, por eso, procurar llegar al puerto de Asunción a mediados de Julio, por que en estos meses del año, les advierte, "les servirá mas la vela que en otro tiempo según lo que habemos visto".

Les señala la ruta con precisión.

Primero procurarán llegar hasta los Timbues; luego pasarán a la laguna de los Coronda; mas al norte, encontrarán a los Quiloazas, y desde ahí cruzarán hacia la banda que da al "lado de España" y seguirán aguas arriba, hasta Asunción.

Les advierte que deben cuidarse de no guarecerse en las barrancas, por que pueden ser sorprendidos por los indios como ha ocurrido en otras ocasiones. Si vienen pocos en la armada, agrega, es mas conveniente que no se pierdan buscando comida, si no que en los sitios de la costa que él les señala, hagan su asiento y siembren y esperen la cosecha "para tener abundancia de las cosas necesarias" y que allí pueden esperar hasta Abril del año 1543 en que mandará un barco que

piensa construir con las maderas de la tierra, “por que para este fin, dice, se lleva toda la gente Arriba”.

Por último, en dos líneas deja, él también que la destruye, el elogio de Buenos Aires.

“Este puerto es el mejor que hay en este río para naos y gente”.

La verdadera conquista del Adelantado

Irala aguardó hasta fines de Junio la llegada de esas naves que se habían visto por la costa del Brasil, y que después se supo que eran las del Segundo Adelantado que venía de España; pero como tardaran en llegar y a Irala le urgía el viaje, ordenó la partida.

El día establecido por el gobernador, la gente fué subiendo a los barcos que les aguardaban a orillas del Río de la Plata.

Se quemó la nave que estaba varada y que servía de fortaleza para defenderse de los asedios indios; se quemaron las casas y se quemaron las iglesias.

La ciudad de pesadilla, donde se desmoronó para siempre la grandeza del Primer Adelantado; la ciudad del hambre y de la muerte; la ciudad en donde hasta las mujeres peleaban y disparaban los cañones contra los indios embravecidos, mientras los hombres desfallecían acabados de miserias y penurias, se desvanecía en una columna de humo, que subía, alucinante y trágica.

Unos horcones carbonizados, un montón de ceniza, un foso abierto donde cantaban las ranas y los grillos en las soledades del Río de la Plata, fué lo único que quedó de Buenos Aires.

Los últimos en abandonarla, habían empezado a quererla.

Ya conocían las mañas de su río, las tretas de la tierra, y el enojo de sus cielos.

Ya tenían bien estudiados los vientos.

Con días altos y claros y horizontes espesos esperaban siempre el viento del noreste en los meses de verano.

Sabían que para la luna nueva y los plenilunios, soplaban del sureste unas brisas frescas mojadas en lluvias.

No se aventuraban en la boca del río cuando en el invierno soplaban el suroeste; y se cuidaban de las neblinas de Julio a Setiembre, que aumentaban los peligros de la navegación.

Sabían que después de los norte, el viento que luego llamaron pampero, se venía encima con chubascos y tronadas barriendo y lavando el cielo hasta dejarle limpio y claro, aireado luego por un vientecito frescachón y ligero; y sabían que al amainar ese viento terrible, se veían volar por los aires unas telarañas que se pegaban a veces en la copa de los árboles o en las jarcias de los barcos; y sabían adivinar también el tiempo que haría cuando, por las noches, relampagueaba el sur mientras el viento se venía rolando desde el norte; o cuando el aire se ponía denso y caliente y las aguas del río se inquietaban.

Sabían temer a los temporales del sureste, con cerrazón y agua, que ponía en peligro al que se aventuraba a andar a bordo; y sabían esperar la "virazón", en los días de verano, de horizontes cerrados de neblina hasta bien entrada la mañana, cuando el viento norte del amanecer, al mediodía estaba en el este y se venía rolando después de la media noche en busca otra vez del norte.

Los hombres de Mendoza abandonaban Buenos Aires donde el fracaso del Primer Adelantado no les había dado tiempo y espacio para levantar los castillos de piedra que decía el Emperador.

Con todo, cuando los criollos que con don Juan de Garay bajaron desde Asunción en 1580 para conquistar al indomable Río de la Plata, levantaron los cimientos de una nueva ciudad, encontraron en las soledades del río hurraño y salva-

je, al borde de la pampa, el nombre que había dejado don Pedro de Mendoza.

Cruzó los mares para traer ese nombre que no se perdió jamás: BUENOS AIRES.

Y esa fué en aquella tierra yerma y chata la verdadera conquista del Primer Adelantado.

FUENTES

- DIONISIO ALSEDO y HERRERA, *Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América española, desde el siglo XVI al XVIII, deducidas de las obras de D... Publicadas D. JUSTO ZARAGOZA*. Madrid, 1883.
- GREGORIO DE ACOSTA, *Relación vreve en el rrio de la plata fecha por... para su magestad e para su Real Consejo de yndias*; en "Copias de Documentos del Archivo de Indias". Tomo XXII, documento número 792, de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.
- FRANCISCO ALBO, *Diario o derrotero del viaje de Magallanes desde el Cabo de San Agustín en el Brasil, hasta el regreso a España de la nao Victoria, escrito por...*; en "Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV" de Martín Fernández de Navarrete.
- RAFAEL ALTAMIRA, *España y la civilización española en el siglo XVI*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II, Buenos Aires, 1937.
- Alguns Documentos do Archivo Nacional de Torre do Tombo acerca das Navegações e Conquestas Portuguezas publicados por ordem do governo de sua Magestade Fidelissima ao celebrar-se a conmemoração do quadricentenaria do Descobrimiento da América*". Lisboa, MDCCXCII.
- JUAN ALVAREZ, *Ensayo sobre la Historia de Santa Fe*, Buenos Aires, 1910.
- PEDRO DE ANGELIS, *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia del Río de la Plata* Buenos Aires, 1910.
- PEDRO MARTIR DE ANGLERIA, *Trozos tocantes a Colón y América, entresacados de cartas suyas escritas desde el día 14 de Mayo de 1493 hasta el 13 de Junio de 1525, y las Décadas Oceánicas*; en "Fuentes Históricas sobre Colón y América" de JOAQUÍN TORRES ASENSIO. Madrid, 1892.
- BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, capellan de la Magestad de la Emperatriz y Rector de Villahermosa. *Conquistas de las Islas Malucas, al Rey Felipe III*, por el.... En Madrid por Alonso Martín, año MDClX.
- GERVASIO DE ARTIÑANO y DE GALDÁCOMO, *Historia del Comercio con las Indias*. Barcelona, 1917.
- F. AUSART, *Précis de la géographie historique du moyen âge*. Paris, 1834.

- LUIS DE BACKER, *L'Extrême Orient au Moyen-âge d'après les manuscrits d'un flamand de Belgique moine de Saint-Bertin à Saint-Omer et d'un Prince d'Armenie moine de Prémontré à Poitiers*. Paris, 1877.
- JOSÉ LUIZ BAPTISTA, *Historia das Entradas: determinação das áreas que exploram*; en "Revista do Instituto Historico e Geográfico Brasileiro", Rio de Janeiro, 1915.
- CH. BASBERET y ALFRED MAGIN, *Précis de la géographie historique universelle*. Paris, 1841.
- JERÓNIMO BECKER, *Los estudios geográficos en España*. Madrid, 1917.
- RICARDO BERTRÁN y RÓZPIDE, *Viajes y descubrimientos efectuados en la Edad Media en su relación con los progresos de la Geografía y de la Historia*. Madrid, 1876.
- CLOVIS BEVILAQUA, *As Capitanias Hereditárias Perante o Tratado de Tordesillas*; en "Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro", Rio de Janeiro, 1915.
- PEDRO CALMÓN, *Síntesis de la Historia del Brasil hasta 1808*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE, Volumen III. Buenos Aires, 1937.
- GIUSEPPE CANALE, *Indicazione de opere e documenti supra i viaggi, le navigazioni, le scoperte et le carte nautiche il commercio, le colonie, degl'italiani*. Lucca, 1861.
- GREGORIO CARO, *Ynformación hecha en las islas Azores por el capitán contra Sebastián Caboto*; en Copias de Documentos del Archivo de Indias. Tomo XX. Documento número 677, de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.
- MANUEL M. CERVERA, *Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe*. Santa Fe, 1908.
- P. PEDRO FRANCISCO JAVIER DE CHARLEVOIX, *Historia del Paraguay escrita en francés por el de la Compañía de Jesús, con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel, traducida al castellano por el P. Pablo Hernández, de la misma Compañía*. Madrid, 1916.
- M. EDUARD CHARTON, *Voyageurs anciens et modernes*, Paris, 1863.
- De la Relación que dió Juan de Areizaga de la navegación de la Armada de Loaysa*; en "Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile..." de J. T. Medina.
- MANUEL JUAN DIANA, *Capitanes ilustres y revista de libros militares*. Madrid. 1851.
- Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar*. Madrid, 1895.
- MAX FLEUSS, *El Brasil y su descubrimiento*; en "Historia de la Nación Argentina". dirigida por RICARDO LEVENE, Volumen II. Buenos Aires, 1937.
- CESÁREO FERNÁNDEZ DURO, *Disquisiciones náuticas*. Madrid, 1876.
- — *La vida en las carabelas de Colón*; en "El Centenario", Madrid, MDCCXCII.
- MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XIV, ordenada e ilustrada por don...* Madrid, 1825.
- — *Biblioteca Marítima española*. Madrid, 1825.
- — *Noticia cronológica de algunos viajes y descubrimientos marítimos hechos por los españoles*. Madrid, 1828.
- — *Disertación sobre la historia de la náutica*. Madrid, 1846.

- EL CAPITÁN GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO y VALDÉZ, *Historia General y Natural de las Indias. Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, 1851.
- ENRIQUE DE GANDIA, *Viajes marítimos anteriores a Colón*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE, Volumen II. Buenos Aires, 1937.
- — *Descubrimiento del Río de la Plata, del Paraguay y del Estrecho de Magallanes*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
- — *Primera fundación de Buenos Aires*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen III. Buenos Aires, 1937.
- — *Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay, 1535-1546*. Buenos Aires, 1932.
- — *Historia del Gran Chaco*. Madrid, 1929.
- DIEGO GARCIA, *La "Memoria" de . . . (1526-1527)*, publicada por GUILLERMO FURLONG Cardiff S. J.; en "Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología". Montevideo. 1933. Tomo VII.
- — *Carta de...*, —Memoria de la Navegación que hice este viaje en la parte del Mar oceano dende que sali de Ciudad de la Coruña, que allí me fue entregada la armada por los Oficiales de S. M. que fue en el año de 1526". Publicada por F. A. de VARNHAGEN, en "Revista do Instituto Histórico e Geográfico". Tomo XV (2ª da terceira Serie). Rio de Janeiro, 1852.
- — *Memoria de...*, publicada por EDUARDO MADERO en "Historia del Puerto de Buenos Aires". Buenos Aires, 1902.
- JOSÉ GARCÍA RAMOS, *Primeras nociones sobre las Islas Canarias*. Cádiz, 1876.
- P. GUEVARA, *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, por el . . . de la Compañía de Jesús. Buenos Aires, 1836.
- ISABEL DE GUEVARA, *Carta de Doña...*; en Ulrich Schmidel "Viaje al Río de la Plata (1534-1554)", trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903. Apéndice D.
- PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, *La cultura española desde Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
- PERO HERNÁNDEZ, Secretario del Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca. *Memorias de...*; en Ulrich Schmidel "Viaje al Río de la Plata (1534-1554)", trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires 1903. Apéndice B.
- DOMINGO DE IRALA, *Carta de...*; en Ulrich Schmidel "Viaje al Río de la Plata (1534-1554)", trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903. Apéndice E. y F.
- SEGUNDO DE ISPIZUA, *Historia de la Geografía y de la Cosmografía en las edades antigua y media, con relación a los grandes descubrimientos marítimos realizados en el siglo XV y XVI por españoles y portugueses*. Madrid, 1922.
- SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO, *El nombre "Río de la Plata" y los comedores de carne humana, a la luz de documentos recolectados por M. R. Trelles*; en "Boletín del Instituto Geográfico Argentino", Tomo XVIII. Buenos Aires, 1897.
- ANDRÉS LAMAS, *Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata*, en "Revista del Río de la Plata". Tomo I. Buenos Aires, 1871.

- PERO LOPES DE SOUSA, *Diario de Navegação de... (De 1530 a 1532)*, Comentado por Eugenio de Castro, Prefacio de Capistrano de Abreu. Río de Janeiro, 1927.
- — *Navegaçam que fez Pero Lopes de Souza no descobrimento da costa do Brasil militando na capitania de Martim Aº de Souza seu irmão, na era da encarnaçam de 1530*; en "Revista Trimestral do Instituto Histórico Geográfico e Ethnográfico do Brasil". Tomo XXIV. Río de Janeiro, 1861.
- P. PEDRO LOZANO, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, escrita por el...* Ilustrada con noticias del autor y con notas y suplementos por ANDRÉS LAMAS. Buenos Aires, 1873.
- EDUARDO MADERO, *Historia del Puerto de Buenos Aires*. Buenos Aires 1902.
- BASILIO DE MAGALHÃES, *Expansão geographica do Brasil até fins do Seculo XVII*; en "Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro". Río de Janeiro 1915.
- J. T. MEDINA, *Los viajes de Diego García de Moger al Río de la Plata. Estudio histórico*. Santiago de Chile 1908.
- — *El descubrimiento del Océano Pacífico*. Santiago de Chile MCMXIV.
- — *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile desde el Viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo. 1518-1818*. Santiago de Chile 1910.
- GONZALO DE MENDOZA, *Información de los méritos y servicios del Capitán...*; en Ulrich Schmidel "Viaje al Río de la Plata (1534-1554)", trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903. Apéndice C.
- RAMÓN MENENDEZ PIDAL, *La cultura y las instituciones de la Edad Media española particularmente Castilla y León, desde el siglo XI, inclusive, hasta Fernando III el Santo*; en "Historia de la Nación Argentina" dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II; Buenos Aires, 1937.
- DieGO LUIS MOLINARI, *La empresa colombina y el descubrimiento*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
- JOSÉ A. ORIA, *Las letras y las artes en los siglos XV y XVI*, en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
- ANTONIO PIGAFETTA, *Primer viaje en torno del Globo*. Madrid, 1922.
- LUIS RAMÍREZ, *Carta de...*; en "Historia del Puerto de Buenos Aires" por Eduardo Madero. Apéndice N° 8.
- HÉCTOR R. RATTO, *Las ciencias geográficas y las exploraciones marítimas*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
- Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S. M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786*. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento, impresos y MSS. y noticia de los habitantes, suelo, clima y producciones del Estrecho. Madrid, MDCCCLXXXVIII.
- JOSÉ TORRE REVELLO, *El Capitán Miguel de Rifos, compañero de Sebastián Caboto*. Buenos Aires, 1937.
- JULIO REY PASTOR, *Ciencia y técnica en la época del descubrimiento de América*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.

- CLEMENTE RICCI, *Estado económico, social y político de Europa en los siglos XV y XVI*; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II, Buenos Aires, 1937.
- SOPHUS RUEGE, *Historia de la época de los descubrimientos geográficos*; en "Historia Universal", de Guillermo Oncken. Barcelona, 1919.
- RUIDÍAZ DE GUZMÁN, *Argentina—Historia del Descubrimiento y población del Río de la Plata escrito por... el año 1612*. Buenos Aires, 1882.
- AL^o DE SANTA CRUZ, *Islario General de todas las islas del mundo dirigido a la S. C. E. M. del rey don Phelipe nuestro señor por... su cosmógrapho mayor*; en "Boletín de la Real Sociedad Geográfica. Tomo LX. Madrid, 1918.
- ULRICO SCHMIDL, *Derrotero y viaje a España y las Indias*. Traducido y comentado por EDMUNDO WERNICKE. Santa Fe, 1938.
- ULRICH SCHMIDEL, *Viaje al Río de la Plata (1534-1554)*. Notas bibliográficas y biográficas por BARTOLOMÉ MITRE. Prólogo, traducción y anotaciones por SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO. Buenos Aires, 1903.
- MAX GEORGE SCHMIDT, *Historia del Comercio Mundial*. Barcelona-Buenos Aires, 1927.
- P. NICOLÁS DEL TECHO, *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Madrid, 1897.
- MANUEL RICARDO TRELLES, *Diego García, primer descubridor del Río de la Plata*. Buenos Aires, 1879.
- MOSEN DIEGO DE VALERA, *Crónica de los Reyes Católicos*. Madrid, 1927.
- F. A. DE VARNHAGEN, *Historia Geral do Brasil*, Madrid, 1854-57.
- FRANCISCO DE VILLALTA, *Carta de...*"; en Ulrich Schmidel "Viaje al Río de la Plata (1534-1554)", trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903, Apéndice A.
- Ynformación hecha por la Contratación, luego que llegó la Armada de Sebastián Caboto, acerca de todo lo ocurrido en el viaje. Sevilla 28 de julio 1530*"; en "Copias de Documentos del Archivo de Indias. Tomo XX, documento número 679, de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.
- Ynformación sumaria para hacer constar ante el Rey las causas o motivos porque se perdió la fortaleza de Santi Spiritus que el general Caboto levantó en el puerto de San Salvador (Río de la Plata)*; en "Copias de Documentos del Archivo de Indias. Tomo XX. Documento número 690", de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

